ENRIQUE GARCÍA VELLOSO - ANTONIO PASO

AVELINO PERDIGUERO

COMEDIA CARICATURESCA

EN CUATRO ACTOS



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, nm. 24

1922

AVELINO PERDIGUERO

Avelino Perdiguero

COMEDIA CARICATURESCA

en cuatro actos y en prosa, adaptada al castellano

de la obra francesa

de Gerbidon, Armont y Manoussi "Dick"

por

Enrique García Velloso

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA
el día 29 de Septiembre de 1922



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. AMADO
Pasaje de la Alhambra, 1.
TELÉFONO 18-40
1922

Reparto

PERSONAJES	ACTORES
ROSARIO...	Aurora Redondo.
ESPERANZA...	Teodora Moreno.
CARMEN...	Carmen Sanz.
ROMUALDA...	Ana Ferri.
VERONICA...	Julia Posada.
AVELINO PERDIGUERO...... ...	Valeriano León.
DON CANDIDO RICO...	Manuel Perales.
PEPE SABUESO...	Jesús Tordesillas.
JULIO...	Manuel Luna.
ZURBANO...	Antonio Gimbernat.
GOMEZ-BIRRETE...	Federico Górriz.
MOISES...	Carlos Viaña.
NEMESIO...	Andrés Tobías.

Derecha e izquierda, las del actor.

Epoca actual.



Acto primero

Un gran salón en una casona señorial y antigua enclavada cerca de Salamanca. Todo el fondo lo ocupa un ventanal de cristales que forma un telón de jardín. El ventanal debe tener por lo menos una hoja practicable. Primera lateral derecha, una puerta que conduce a otras habitaciones del casón. Segundo, arranque de escalera que conduce a las habitaciones altas. Primera lateral izquierda, puerta. Segundo, testero, que estará ocupado por una vitrina llena de objetos de arte. En el hueco de la primera lateral derecha a la escalera, una caja de caudales empotrada en la pared. Muebles antiguos que completen el aspecto del casón.

(Al levantarse el telón la vitrina aparece abierta; de ella se han sacado algunos objetos de arte, que están sobre una mesa. DON MOISES, viejo anticuario, ayudándose de una lupa, examina una estatuita. Sentados a la derecha y prestando gran atención al examen que hace Don Moisés, aparecen DON CANDIDO, de unos cincuenta y cinco años; ESPERANZA, de veinticuatro a veinticinco, y JULIO, próximamente de la misma edad. También algo más apartada está CARMEN, mujer de unos veintiocho a treinta años, muy guapa.)

Moisés *(Examinando la estatuíta.)* Le repito a usted, señor don Cándido, que, o yo he perdido los papeles, o esta estatuíta es de un valor mediocre.

Cándido ¿Está usted seguro?

Moisés En esta ocasión casi me atrevería a apostar que no me equivoco; sin embargo, si quiere usted consultar a algún otro de mis cofrades...

Cándido De ningún modo, querido Don Moisés. Usted es uno de los anticuarios más acreditados de Madrid; le he hecho venir precisamente porque aquí en Salamanca uno o dos que hay no me inspiran gran confianza; su opinión es para mí inapelable; pero me extraña que esa estatuíta...

Moisés Pues no le extrañe a usted. En cambio, aquí hay otros objetos muy apreciables: este vaso y este plato, por ejemplo... sí, sí... ¡Arte persa! Por lo visto es usted un coleccionista apasionado.

Cándido ¿Quién? ¿Yo? ¡No entiendo ni una palabra! A mí el arte persa me tiene sin cuidado.

Carmen Y las demás artes también.

Moisés Entonces... ¿serán sin duda sus hijos los aficionados?...

Julio A mí me pasa lo que a mi padre... Yo daría todos esos chirimbolos por una buena corrida de toros o una noche en Madrid en Parisiana o en Rosales...

Esper. Y yo por una novela en la que el amor vaya tejiendo situaciones de esas...

Cándido *(Sin dejarla acabar y en tono de reconvención.)* ¡Esperanza!

Moisés *(Extrañado.)* De manera que... *(Fijándose en Carmen.)* Entonces, ¿será su hija mayor la que?...

Cándido No es hija mía. Es mi esposa.

Moisés Perdóneme usted, me había figurado...

Cándido No tiene nada de particular; su juventud... Ya comprenderá usted que no es la madre de mis hijos... Es mi segunda esposa.

Moisés Sí, sí; entendido.

Cándido ¿De manera que la estatuíta no tiene ningún valor?

Moisés Ninguno. Es una reproducción bastante vulgar de un modelo muy esparcido por el Oriente.

Cándido ¡Es raro!

Moisés ¡Raro! ¿Por qué?

Cándido Porque, si como usted afirma y yo lo creo, la estatuíta en cuestión no tiene valor alguno, ¿cómo puede haber persona empeñada en robármela?

Moisés ¿Qué dice usted?

Cándido Lo que oye. Desde hace un mes pasan en este casón cosas extrañas: raro es el día que

no recibo una carta de un personaje misterioso, que debe ser un ladrón terrible, anunciándome que cualesquiera que sean las precauciones que tome, me quitará esa estatua, que, según él, soy indigno de poseer. Y se firma «Quitón».

Moisés ¡Quitón! ¡Quitón!... No me suena ese apellido...

Esper. Quizá sea algún apodo.

Julio O un seudónimo.

Moisés Y los caracteres de su escritura, ¿no les pueden dar un indicio?...

Carmen Si no escribe: recorta de periódicos atrasados letras y las une formando las palabras.

Moisés ¿Y por el sello del correo?

Cándido Si no hay correo; si llegan a mí por vías inesperadas. Me siento a la mesa, y al coger la servilleta, prendida en ella una carta de Quitón; voy a acostarme, y al reclinar la cabeza en la almohada, una carta de Quitón. Hace tres días, al tomar el te, destapo la azucarera, voy a sacar los terrones y saco una carta de Quitón.

Moisés ¡Es singular!

Cándido Como que he llegado a sospechar que ese Quitón debe tener un cómplice dentro de mi casa. ¿A usted no le parece?

Moisés Yo... ¿qué quiere usted que le diga? Estos asuntos sobrepasan mi saber; lo único que puedo repetirle es que la estatuíta no tiene ningún valor, pese al interés que demuestra ese ladrón o ladrona.

Cándido *(Sorprendido.)* ¡Ladrona! Sí, sí... es una idea... ¿Por qué no puede ser una mujer?... *(Muy alegre.)* De serlo, la aventura toma otro aspecto.

Moisés *(Levantándose.)* Pues si no necesitan de mis humildes servicios...

Cándido ¿Se va usted?

Moisés Sí; voy a aprovechar el tiempo que falta hasta la salida del tren para visitar a un amigo...

Cándido *(Dándole un sobre.)* Ahí van sus honorarios.

Moisés *(Cogiéndole.)* Realmente no merece...

Cándido No hablemos más de eso, y agradecido...

Moisés *(Saludando.)* Señoras... Buenos días.

Carmen Adiós.

Esper. Adiós.

(Moisés hace mutis por la primera izquierda.)

Cándido (*Acentuando cada vez más su alegría.*) ¡Verdaderamente esta es una aventura extraordinaria! ¿No te parece, Carmen?

Carmen Yo no le veo nada de extraordinario, ni comprendo el por qué de esa emoción que te embarga. (*Casi riendo.*)

Cándido ¡Ah! ¿Te burlas?

Carmen Líbreme Dios... Pero yo en tu lugar cogería la estatuíta y la dejaría en el portal o en la tapia del jardín, para que ese Quitón no se molestase mucho.

Julio Mira, no has pensado mal.

Esper. No, eso no. A mí me gustaría que viniese el ladrón, que lo sintiéramos sin sentirlo, que lo viésemos sin verlo... que fuese joven...

Julio (*Burlándose.*) Sin ser viejo...

Carmen (*Mirando a la segunda derecha.*) Aquí viene tu hermana.

(*Por la escalera desciende DOÑA ROMUALDA, mujer de edad poco más o menos que la de Don Cándido: tipo de castellana vieja.*)

Romualda ¿Qué? ¿Se marchó el anticuario?

Cándido Hace un momento.

Romualda ¿Y qué ha dicho?

Julio Pues que esa estatua y un Toribio, pandán.

Romualda ¿Que no vale nada?

Esper. Nada.

Romualda (*A Cándido.*) Pues entonces, el episodio no tiene interés.

Cándido Al contrario, ahora es cuando lo tiene, ¡y grande!

Romualda Mira, Cándido; ¿por qué no te pones en cura?

Cándido ¡Ah! ¿Es que yo estoy loco?

Romualda Para una camisa, no; pero para duchas y bromuro, sí.

Cándido ¿Pero no comprendes, querida Romualda, que si la estatua tuviese un gran valor no tendría nada de particular que un ladrón quisiese robármela; pero que no la tenga y se me amenace constantemente con quitármela, acentúa precisamente el misterio... el interés?...

Esper. Quizá sea un recuerdo pasional... un testigo mudo de una historia de amor...

Romualda Mira, cállate tú, que no puedes negar que eres hija de tu padre.

Cándido Yo... o mucho me equivoco, o se trata de una efigie sagrada, robada a algún templo,

y que una secta persa quiera recobrar a todo trance.

Carmen *(Asustada al ver la imaginación de Cándido.)* ¡Jesús! ¡Jesús!

Romualda Mira, Cándido; a ti lo que te hace falta es no tener las rentas que tienes, y en cambio tener que trabajar; de ese modo no tendrías tiempo para leer tantas novelas policíacas.

Cándido *(Con orgullo.)* ¿Cómo tantas? ¡Todas; las he leído todas!

Romualda *(Imitándole.)* Y nos estás dando el te. ¡Hay qué ver, que desde que estoy aquí no oigo hablar más que de asuntos misteriosos, de crímenes fantásticos, de robos extravagantes... La otra tarde me fuí a tu despacho con intención de coger un libro para entretenerme un poco... Yo me dije: Cogeré un «Cura de aldea» o una «María o la hija de un jornalero» o un «Monaguillo de las Salesas»... señor, lo que se dice una novela... pues que si quieres. En un estante «Conan» no sé qué; en otro «Colín», «Hornín», «Mauricio Leblanc», «La mano que aprieta»... «El dedo que señala». ¡Válgame Dios y qué locuras!

Cándido Pues eso no es nada... Junto al despacho hay otra habitación llena de armarios, que a su vez están llenos de documentos que constituyen la más completa colección policial del mundo entero.

Romualda ¿Pero cómo tienes tiempo para...?

Cándido Si no fuese por Rosario...

Esper. Su secretaria particular.

Romualda ¡Ah! ¿Pero esa Rosario es...?

Cándido Una muchacha utilísima. Estenógrafa, dactilógrafa... domina cuatro lenguas, que le son muy útiles para traducirme novelas y leerme periódicos de distintos países; ella me señala los asuntos policíacos de relativo interés... sigue las pistas... ¡Muy útil! Por eso la hice venir de Madrid, porque muchachas así se encuentran pocas... También está muy interesada en este asunto de la estatua...

Romualda ¿Pues sabes lo que yo haría? Coger ese monigote, irme al Banco, alquilar una caja y dejarla allí tan tranquilo.

Cándido *(Indignado.)* Pero si yo no quiero estar tranquilo. Si hace un puñado de años que puede decirse vivo esa vida de policías y ladrones,

y ahora que me acontece a mí... Que voy a sentirla, a tocarla, quieres... No, Romualda, no; precisamente este momento es uno de los más felices de mi vida.

Romualda Lo que yo digo. ¡Duchas y bromuro!...

(Por la primera derecha sale ROSARIO, joven, vestida bien, pero sin lujo.)

Rosario *(Saliendo.)* ¡Ah!... Buenos días.

Carmen Buenos días, señorita Rosario.

Cándido ¿Necesita usted algo?

Rosario Buscaba a usted para decirle que hoy tampoco han llegado los periódicos extranjeros.

Cándido Pues lo siento; sobre todo, los ingleses; porque hace dos días que no sabemos nada del crimen de Vitēchapel... Quizá hayan descubierto ya al asesino...

Rosario Ni del robo de la célebre cruz de diamantes.

Cándido A propósito; acaba de marcharse Don Moisés el anticuario, que ha estado un gran rato examinando la estatuíta.

Rosario ¿Y la habrá tasado en un precio enorme?

Julio Cero sesenta y cinco.

Rosario ¡Cómo!

Carmen Lo que oye usted.

Esper. Es una pieza sin ningún valor.

Rosario *(Asombrada.)* Entonces... no me explico por qué ese Quitón quiere robarla.

Cándido Ahí está precisamente lo interesante... ¡Pero hay más! Una palabra del anticuario ha abierto nuevos horizontes al problema... ¿Quién nos asegura que ese Quitón es un hombre? ¿Y si fuese mujer?

Rosario Eso no es posible.

Cándido ¿Por qué no? Claro que Quitón no suena a femenino; pero quizá por despistar... En fin, esta tarde va usted a buscar entre mis documentos todos los robos ejecutados por mujeres, y para cuando venga el policía...

Carmen ¿Policía?

Romualda ¿Un policía aquí?

Cándido Ya lo he dicho... Pensaba guardar el secreto hasta el momento... Sí, un policía; mejor dicho, un detective. Por consejo, que me pareció acertadísimo, de Rosario, escribí a nuestro abogado suplicándole que me enviase el mejor policía particular, y ayer recibí un telegrama anunciándome que estaba complacido y que en el tren de esta noche llegaría.

Romualda Pero hombre, si aquí en España eso de los detectives...

Cándido Sí, ya sé que no tiene la importancia que en Inglaterra o en los Estados Unidos; pero va adquiriendo cada día mayor fuerza... Lee, lee las cuartas planas de los periódicos y encontrarás infinidad de anuncios de Agencias policíacas, de policías particulares, de detectives que se ofrecen... ¿Por qué no ha de surgir aquí un Sherlock Holmes?

Rosario En Madrid los hay muy listos.

Carmen Sí; pero tu hermana lleva razón; meter aquí un policía...

Esper. ¿Por qué no, si es joven y simpático?...

Julio Y si le gustan los toros...

Carmen ¿Y te han dicho cómo se llama?

Cándido Avelino Perdiguero.

Carmen ¿Perdiguero? No he oído nunca hablar de él.

Cándido Ya te he dicho que este servicio detectivesco está empezando ahora en España, y por lo tanto no es extraño que no te suene ese apellido; pero a mí Perdiguero me huele a buen policía... En fin, ya veremos. Andar, ayudarme a colocar estos cachivaches en la vitrina. *(Carmen, Esperanza y Julio ayudan a Cándido a colocar todos los objetos en la vitrina. Mientras Romualda se acerca a Rosario y le pregunta.)*

Romualda ¿Trabaja usted mucho?

Rosario Mucho, sí, señora; su hermano quiere tenerlo todo tan ordenado... Figúrese que se reciben todas las novelas policíacas que se escriben en el mundo, y por si fuera poco, casi todos los periódicos que se ocupan de asuntos criminales, y todo hay que ordenarlo, clasificarlo; los robos en un estante, los asesinatos en otro, los envenenamientos en el suyo, las desapariciones misteriosas... las mutilaciones...

Romualda El Señor se apiade de este hermano mío; usted estará apenadísima, porque una muchacha joven metida entre tanto asesino...

Rosario No lo crea usted... He llegado hasta interesarme.

Romualda Bueno, pues yo soy castellana, y castellana antigua, y verdad que se me viene a la boca, no se queda en ella. A mí mi hermano me parece un chiflado...

Rosario Doña Romualda...

Romualda Así como suena: un chiflado; y usted me parece una víctima suya.

Rosario Me paga muy bien.

Romualda Aunque le diera a usted todo el oro del mundo; una mujer a la edad de usted y con las condiciones de usted y con lo monísima que es usted, debe soñar en otra cosa. Yo a su edad soñaba con un novio y con casarme en seguida... las cosas claras.

Rosario *(Riendo.)* Sí, tiene usted razón, sí; pero hay que vivir.

(Por la primera izquierda entra azorada VERONICA, sirviente de la casa, tipo algo pueblerino sin exageración.)

Verónica *(Entrando.)* ¡Señoritos! ¡Señoritos!

Cándido ¿Qué hay?

Verónica Que ahí... ahí... ahí...

Cándido ¿Qué hay ahí?

Verónica En el recibimiento me he encontrao un endividuo que yo no he visto nunca.

Esper. ¿Eh?

Carmen ¡Cómo!

Cándido ¡Acaba!

Verónica Sí, señor; yo no sé por dónde habrá podío entrar; pero él está ahí; yo le he estao observando desde el pasillo de la cocina.

Cándido ¿Y qué hace?

Verónica Pues husmeándolo todo y sobándolo todo, y luego ha sacao del bolsillo un metro y se puso a medir el perchero, las sillas... y la cabeza de ciervo que tiene en el testero de la derecha, pues también la ha medío.

Cándido ¡Cuerno!

Verónica Sí, señor; y en el banco de la entrá había dejao yo ocho huevos que me habían puesto las gallinas, pa enseñárselos luego a los señores, pues también los examinó con un cristal reondo con mango que sacó del bolsillo, y después de recrearse en ellos va y casca dos y se los sorbe, y si no toso pues que se me toma los ocho. Yo he pensao si será un «facineroso»; por más que el tipo no paece...

Carmen ¿Y dices que lo estaba examinando todo?...

Verónica Lo que se dice tó... y después de examinarlo se queaba así como pensativo y se le hinchaban las narices...

Cándido Perdiguero; ese es Perdiguero.

Verónica Tié más cara de pachón.

Esper. Pero si según el telegrama no debía llegar hasta esta noche...

Rosario ¡Quién sabe! Estos policías proceden de un modo extraño; a lo mejor anuncian su visita a una hora y se presentan antes o después.

Cándido Y muy bien hecho.

Romualda Bueno, pero eso de tomarse dos huevos...

Cándido Querida Romualda, no hables de cuestiones que no entiendes. Los detectives proceden algunas veces de una manera incomprensible para los profanos; pero todo lo que hacen tiene su fin, y cuando él se ha tomado ese par de huevos, algo tendrá.

Verónica Pué que sea debilidad.

Cándido Anda, Verónica, anda; dile que pase y no tengas miedo, que se trata de un policía.

Verónica ¿Un policía?

Cándido Sí, sí; y por lo que me cuentas, un gran policía. Anda, anda.

Verónica *(Haciendo mutis por la primera izquierda.)* Como mande el señor.

Cándido Bueno, y vosotras retirarse. ¡Quiero hablar a solas con él!

Carmen De ninguna manera.

Esper. Yo quiero verlo.

Julio Al menos nos servirá de distracción.

(Por la puerta de la primera izquierda vuelve a aparecer VERONICA, seguida de PERDIGUERO. Es un hombre relativamente joven; viste con modestia, el pelo largo sin exagerar, pipa y monocle que apenas se le pone se le cae. En general debe componer el tipo entre bohemios y detectives y con una gran simpatía.)

Verónica *(Anunciándole.)* El señor policía... *(Hace mutis.)*

Perdigu. ¿Pero cómo? ¿Ya saben ustedes que yo...?

Cándido Nos lo figuramos.

Perdigu. Lo siento; la primera condición para el éxito es el incógnito; yo quería pasar antes por un periodista que le suplicaba una interviú; por un aficionado de antigüedades que quería conocer su colección... Pero, en fin, roto el incógnito, haré la presentación. Avelino Perdiguero, detective... *(A Cándido, que hace ademán de presentar a los demás.)* No, no es necesario; ¿para qué? *(Señalando a cada una

de las personas que nombra.) Carmen Moraleda, canaria, pero criada en Madrid, treinta y un años, dos muelas empastadas, segunda esposa de usted. Esperanza Rico, salamanquina, veintiún años, ocho meses y nueve días; temperamento pasional, romántico, su hija. Julio Rico, un año más que Esperanza, entusiasta de nuestra fiesta nacional, hijo también. Romualda Rico, castellana de pura cepa... no quiero decir la edad por no darle un disgusto... Y por último, Don Cándido Rico, sesenta... *(Cándido tose, y Perdiguero que lo comprende, no dice los años.)* persona de una gran fortuna, de un gran corazón y que se tiñe el pelo. *(Tose más fuerte Cándido.)*

Romualda *(Santiguándose.)* ¡El dulcísimo nombre del Señor!

Carmen ¿Pero usted conoce a todo el mundo?

Perdigu. ¿Qué puede escaparse a mi vista de águila?

Cándido ¿Le habló a usted Gómez-Birrete?

Perdigu. No; cuando Gómez-Birrete trató de verme, yo estaba ocupadísimo en encontrar el paradero de una muchacha fugada de la casa paterna... un asunto sencillo, claro; me fuí a la Bombilla, y claro, allí estaba con su novio... pero esto me impidió hablar con su abogado; me dejó en el despacho una carta rogándome que saliese inmediatamente para aquí, y aquí estoy.

Cándido Aunque hubiese hablado con él nada le hubiese adelantado, porque él ignora lo que se nos prepara.

Esper. Tú debes explicarle...

Perdigu. Si no quiere molestarse, no es necesario.

Cándido *(Asombrado.)* ¿Cómo? Si yo no se lo indico, ¿cómo puede usted saber de lo que se trata?

Perdigu. Lo adivinaré. *(Viendo la cara de todos.)* ¡Ah! ¿Lo dudan?

Romualda Ni que fuera usted el mismo demonio.

Julio Puesto que no necesita que se lo digamos, esperemos a que nos lo diga él.

Perdigu. ¡Ah, les parece mejor así; pues sea!... *(Pausa. Todos se miran alegres, contentos, por lo que ocurre. Perdiguero, con una gran calma, se sienta, enciende la pipa, se fija en todos, después cierra los ojos y queda pensativo.)*

Cándido *(A los demás.)* Se va a dormir.

Perdigu. *(Reponiéndose.)* Se trata de un robo.

Todos ¿Eh?

Perdigu. De un robo que todavía no se ha cometido; pero que se va a cometer.

Rosario ¡Es increíble!

Esper. ¡Es maravilloso!

Perdigu. Del robo de un objeto.

Romualda Cuando yo digo que es el diablo en persona...

Cándido *(Emocionado.)* Y ese objeto... ¿podría usted indicarnos...?

Perdigu. Sí... sí... ¡Ya lo creo!... Déjenme, déjenme... *(Se pasea con cierta lentitud, silbando el* Vaya Wais *o el* Maldito tango *o lo que le parezca mejor al actor. Todos estarán pendientes de lo que hace.)* Claro está que el objeto que tratan de robar está aquí... ¿pero dónde? ¿En un dormitorio?... No... no... ¿En el despacho de Don Cándido?... Tampoco... ¿En esta habitación?... *(Sigue examinando la habitación, pero siempre mirando a los demás personajes constantemente.)* ¡Hombre! Una caja de hierro empotrada en la pared... No, no... *(Se dirige a la vitrina.)* ¡Ah! Arte persa... ¡Magnífica colección! *(Va cogiendo algunos objetos.)* ¿Me permiten ustedes que tome dos copas?

Cándido Sí, las que usted quiera.

Perdigu. *(Cogiéndolas.)* ¡Soberbios ejemplares! *(Coge un plato.)* Este plato ya no es tan antiguo. Es un plato del día... *(Coge la estatuíta.)* Preciosa estatuíta... esta estatuíta es la que quieren robar.

Romualda Bueno, yo me voy a la iglesia a pedirle a Nuestra Señora...

Perdigu. No, no se vaya usted, que yo no soy el demonio; soy un hombre que sabe ver y nada más.

Carmen ¿Pero cómo ha podido usted...?

Perdigu. Sencillísimo. Me bastó ver al entrar la actitud de ustedes y sus caras alegres para deducir que no se trataba de un crimen ni de una tragedia de familia... Entonces saqué la consecuencia de que lo más cercano era un robo. Don Cándido me dijo: «¿Usted ignora lo que se me prepara?» Y deduje, si se les prepara, todavía no se ha cometido...

Rosario ¡Muy bien!

Esper. Bueno, pero el objeto...

Perdigu. Ustedes me lo han indicado. Yo más que a la

habitación y a los muebles me fijaba en ustedes, y cuando me acerqué a la librería, vi en los ojos de todos esa sensación del acierto, y cuando cogí la estatua, para qué les voy a decir; si me la señalan con el dedo no me lo dicen tan claramente.

Cándido Muy bien, muy bien, señor Perdiguero; es usted un genio. En Londres o en Nueva York haría usted una gran carrera.

Perdigu. Quizá la haga aquí también.

Romualda Yo no creía en policías ni en detectives; pero usted es capaz de convertirme.

Perdigu. *(Sentándose.)* Ahora permítanme ustedes que les dirija algunas preguntas.

Esper. Las que usted quiera.

Cándido No faltaba más.

Rosario Yo, con el permiso del señor, si no hago falta...

Perdigu. No, no; quédese usted, señorita Rosario Fernández, estenógrafa y dactilógrafa, nacida en Madrid, bautizada en la parroquia de las chinches, a las seis de la tarde del día 7 de Junio de 1902...

Rosario Uno.

Perdigu. Exacto; pero es que yo me permitía la galantería de quitarle a usted un año.

Rosario Muchas gracias.

Esper. *(Aparte.)* ¡Qué policía más encantador!

Julio *(Aparte.)* Este hombre sería un gran torero.

Perdigu. Conque volviendo a nuestro asunto; ¿cómo han sabido que trataban de robarle esa estatua?

Cándido Por unas cartas que firma un tal Quitón.

Perdigu. ¡Quitón!

Carmen ¿Le conoce usted?

Perdigu. ¡Oh! Conozco muchos quitones, y algunos están en la cárcel gracias a mí... De modo que esas cartas...

Cándido Llegan hasta mí de un modo extraordinario.

Perdigu. *(Sacando del bolsillo unas tijeritas y una hoja de papel de color y recortándolo.)* En el azucarero... clavadas en la almohada...

Romualda ¿Pero también sabe usted?...

Perdigu. Es lo clásico... Estos ladrones no saben salir de lo corriente...

Carmen ¿Qué es lo que hace usted?

Perdigu. ¡Ah, perdón! No se preocupen. Como todos los detectives, tengo la manía, cuando estudio un asunto, de ocuparme de un asunto mecáni-

co... Sherlock Holmes tocaba el violín... Otros hacen tapicería... Yo recorto animales. Unas veces hago un caballo... otras veces hago el burro...

Esper. Parece una jirafa.

Perdigu. Puede, puede que sea una jirafa; yo quería haber hecho un caballo.

Esper. ¿Me lo quiere dar como recuerdo de esta visita?

Perdigu. Por Dios, señorita...

Esper. ¿Tiene usted inconveniente?

Perdigu. ¡Ninguno! Pero, vamos; que me duele darle a usted un recorte... sin importancia... En fin, puesto que usted lo quiere... *(Se lo da.)*

Esper. Agradecidísima.

Perdigu. Ahora procedamos por orden. *(A Julio.)* ¿Quiere usted darme su cigarrera?

Julio Con mucho gusto. *(Se la da y Perdiguero saca la lupa y la examina.)*

Perdigu. Precioso esmalte. ¡Y qué cabeza más gorda tiene esta ninfa!

Julio ¿No será la lupa?...

Perdigu. ¡Ah, sí; es verdad! No había caído... *(A Esperanza.)* ¿Me quiere usted dar su pulsera?

Esper. Ya lo creo. *(Se la da.)*

Perdigu. Y usted, señora; ¿sería tan amable que me diese sus pendientes?

Carmen ¿Por qué no? *(Se los quita y se los da.)*

Perdigu. *(A Romualda.)* ¿Y usted su pañuelo?

Romualda Con alma y vida.

Esper. Parece que estamos jugando a las prendas.

Cándido *(Reconviniéndola.)* Esperanza, que esto es muy serio.

Perdigu. *(Examinando los pendientes.)* Hermosas perlas.

Carmen Regalo de mi esposo.

Perdigu. Valen una fortuna. Supongo que cuando no las lleva puestas las guardará...

Carmen En esa caja de hierro, todas las noches. Cándido guarda mis joyas.

Perdigu. ¿Y la llave?...

Cándido La llevo siempre conmigo.

Julio Además, no hay más que una.

Perdigu. Está bien; ahí tiene usted sus perlas... Su pulsera, su pitillera y su pañuelo. Ya sé lo que quería saber.

Cándido ¿Pero el examen de esos objetos?...

Perdigu. No me pregunten nada: secreto profesional.

¿De modo que me encargo de la dirección de este asunto?

Cándido Se lo ruego.

Perdigu. ¿Plenos poderes?

Cándido Plenos.

Perdigu. ¿Estoy autorizado para vigilar a todas las personas de esta casa, incluso a ustedes mismos?

Cándido Lo creo muy natural.

Perdigu. ¿Tengo, por lo tanto, derecho a entrar a cualquier hora del día o de la noche?

Cándido No es menester, porque usted vivirá aquí... Ahora le prepararán su habitación.

Perdigu. No, eso no.

Cándido Eso sí, se lo suplico. Usted no sabe qué placer voy a sentir viéndole trabajar.

Perdigu. Sea: me quedaré. ¿Qué hora es?

Cándido Las cuatro y treinta y cinco.

Perdigu. *(Sacando el suyo.)* Y treinta y ocho. Pongan ustedes sus relojes por el mío. *(Todos lo ponen.)* ¿Estamos?

Esper. / **Julio** Estamos.

Perdigu. A las cuatro y cuarenta, ni un minuto más, ni un minuto menos, me hará el favor la señorita Rosario de venir aquí.

Rosario Como usted mande.

Perdigu. *(A los demás.)* A las cinco en punto les ruego a ustedes también que acudan a esta habitación. Quizá tenga algunas novedades que comunicarles. Ahora suplico que me dejen trabajar.

Cándido ¡No faltaba más! Vamos, vamos...

Esper. *(Haciendo mutis.)* Es muy interesante este hombre.

Romualda A mí me da miedo.

(Todos hacen mutis por la primera derecha; al quedarse solo Perdiguero toca el timbre; por la primera izquierda aparece VERONICA.)

Verónica *(Entrando.)* El señor policía... *(Se muestra inquieta.)*

Perdigu. Oiga usted... ¿Cómo se llama?

Verónica Verónica, pa servir al señor y a Dios.

Perdigu. ¿Lleva usted muchos años en la casa?

Verónica Va pa veinte.

Perdigu. Entonces, ¿no habrá detalle que no conozca usted?

Verónica *(Temblando.)* Yo no sé ná, señor policía; yo

a mi servicio y ná más que a mi servicio...

Perdigu. Bueno, bueno; tráigame un vaso de vino o de agua... ¿El agua es buena?

Verónica Riquísima.

Perdigu. ¿Y está fresca?

Verónica Fresquísima.

Perdigu. Pues tráigamelo de vino, que tampoco será malo.

Verónica Rancio, de lo mejor. En seguía lo traigo. *(Hace mutis por la primera izquierda. Perdiguero, dándose una gran importancia cómica, enciende la pipa y se dirige al foro, abre la ventana que da al jardín y aspira voluptuosamente el aire. Por la primera izquierda vuelve a aparecer VERONICA con una bandeja y en ella un jarro de Talavera y un vaso; el jarro está lleno de vino.)* El vino.

Perdigu. Gracias.

Verónica ¿Quié que se lo sirva?

Perdigu. No; ¿para qué? *(Llena el vaso y bebe.)* *(Por la primera derecha aparece ROSARIO.)*

Rosario *(Mirando su reloj de pulsera.)* Las cuatro y cuarenta. Estoy a su disposición.

Perdigu. Así me gusta. Llévese esto, Verónica. *(Verónica vuelve a coger la bandeja con el jarro y el vaso y hace mutis; pero al llegar a la puerta le dice Perdiguero.)* ¡Ah! Si se le ocurre quedarse detrás de la puerta para escuchar lo que vamos a hablar, le aconsejo que no lo haga.

Verónica ¡Yo! Ya me guardaría mu bien. Ya le he dicho al señor que mi servicio y nada más que mi servicio.

Perdigu. Bueno, vaya. *(Verónica hace mutis por la primera izquierda y cierra la puerta.)* Señorita Rosario, hágame el favor de sentarse y nada tema de mí.

Rosario Puedo asegurarle que estoy completamente tranquila y que en el asunto que ha motivado su presencia en esta casa nada me toca.

Perdigu. Lo creo; pero sin embargo, ¿usted no se molestará porque yo la interrogue?...

Rosario Puede usted preguntarme lo que quiera.

Perdigu. *(Que de puntillas se ha ido acercando, vuelto de espaldas, a la puerta por donde salió Verónica.)* Vamos a ver. Usted... *(En este momento ha llegado a la puerta y la abre rápidamente, mira, y al convencerse que no le*

espían, abre los brazos y con una gran alegría exclama.) ¡Rosarillo!

Rosario *(Igual.)* ¡Avelino! *(Avanzan y se dan un fuerte abrazo.)*

Perdigu. Oye, tú; que por este lado no hay miedo, pero por ese...

Rosario Tampoco, están en el despacho comentando tu llegada, tus aciertos...

Perdigu. ¿Qué? ¿He estado mal?

Rosario *(Muy alegre.)* ¡Admirable! ¡Qué presentación! ¡Qué exactitud en las deducciones!

Perdigu. Gracias a ti. Todas, absolutamente todas las notas que me has enviado me las sé de memoria. ¡Quién me lo había de decir! Yo, Avelino Perdiguero, un escritor como una pagoda, ignorado, pero como una pagoda, convertido en policía particular.

Rosario Mira, Avelino, no empieces... Cuando me escribiste diciéndome que tu situación era cada vez más apurada, que en ninguna parte te tomaban tus trabajos...

Perdigu. Y que lo digas. Tú no sabes la de cuentos que se han creado en Madrid. «El cuento semanal», «El cuento cómico»... «El cuento trágico», «El cuento verde». Bueno, pues yo he ido a todas partes con cuentos y ni leérmelos siquiera... Por eso decidí lo que decidí.

Rosario Irte a Buenos Aires, poner entre nuestro cariño una distancia que equivale al olvido.

Perdigu. ¿Y qué iba a hacer? España no aprecia mi genio, el dueño de la casa de huéspedes no me espera más... Yo había jurado casarme contigo; pero sin dos pesetas no hay bendición posible, y por lo mismo que te quiero mucho decidí irme, dejarte en completa libertad.

Rosario Sí; pero tú no has contado que una mujer cuando quiere es capaz de todo, y gracias a mí, dentro de poco tendrás unos miles de pesetas que te permitirán llevarme al altar.

Perdigu. ¿Estás segura?

Rosario Segurísima. Ya conoces la manía, qué digo la manía, la locura de don Cándido Rico, y ella fué la que me sugirió hacerte detective. Inventé una novela misteriosa: «¡El robo de la estatuíta!» Confeccioné una primera carta, firmado por Quitón, que yo misma clavé en su almohada; después otra, que metí en

el azucarero... ¡Y si tú hubieses visto el efecto que hicieron!... ¡Pobre señor! Nos enseñaba las cartas loco de alegría. ¡Qué entusiasmo! Jamás he visto un hombre tan feliz. Imagínate: él convertido en el héroe de una de esas maravillosas aventuras que nunca había vivido más que en su imaginación. Entonces le convencí para que escribiese a su abogado pidiéndole un policía particular... Ya comprenderás que su abogado no ha recibido tal carta. Yo la escribí a máquina, él la firmó y yo... la quemé... Después te escribí para que pusieses el telegrama firmado por Gómez-Birrete, anunciando tu llegada.

Perdigu. *(Muy contento.)* Es gracioso... *(Cambiando de tono.)* Pero...

Rosario Pero, ¿qué?

Perdigu. Que tengo escrúpulos.

Rosario ¿Ahora salimos con eso?

Perdigu. Yo he sido y soy luchador, un bohemio, pero jamás he engañado a nadie. Mi padre fué un pintor de retratos que quitaba la cabeza, y cuando terminaba uno, si no salía a su gusto, no le cobraba. Primero la conciencia y luego la pintura, y eso me sucede a mí... Me parece que vamos a abusar de este pobre hombre...

Rosario ¿Abusar? Al contrario, si él está encantado. Si hubiésemos querido buscar un medio de hacer su felicidad, no hubiésemos encontrado otro mejor.

Perdigu. Bueno, pero y de ese Gómez-Birrete...

Rosario ¿El abogado? ¡Bah! No te preocupes, ¿no sabes que soy yo la que escribo y la que recibo y abro todas sus cartas? Si viniese alguna de él, con romperla...

Perdigu. Eso no es delicado...

Rosario Mira, Avelino, yo te estoy hablando poniendo nuestro cariño por encima de todo y tú...

Perdigu. ¡Ah! ¿Pero es que dudas que por ti soy capaz de todo? Pues bien; manda. ¿Qué es lo que hay que hacer?

Rosario Acabar la novela inventada por mí lo más bonitamente posible; recibir el pago, que te aseguro que será espléndido, de don Cándido, y después ya sabes lo que tienes que hacer.

Perdigu. Llevarte al altar.

Rosario Me lo has jurado.

Perdigu. Y te llevaré. Bueno, están al caer las cinco y yo les he dicho que acudan aquí a esa hora para darles detalles. ¿Qué les digo?

Rosario Les dices que me has interrogado detenidamente, que ya tienes un hilo, que estás seguro de que Quitón conoce tu llegada y que muy pronto dará señales de vida por medio de una carta.

Perdigu. Bueno; pero y si...

Rosario Tú dilo y ten confianza en mí. *(Se oyen en el foro dos disparos de pistola seguidos. Perdiguero da un salto.)*

Perdigu. ¡Mi madre! ¡A que van a venir ladrones de verdad!

Rosario No te asustes, es Julio, el hijo del dueño, que a estas horas tira al blanco; está ejercitándose en la pistola. *(Mirando a su reloj de pulsera.)* ¡Las cinco! Disimulo.

(Por la primera derecha hacen salida CANDIDO, ROMUALDA, CARMEN y ESPERANZA.)

Perdigu. *(A Rosario y disimulando.)* Estoy satisfecho de sus informaciones; puede usted retirarse, señorita Rosario.

Rosario A la disposición de usted. *(Hace mutis por la primera izquierda.)*

Cándido No tendrá usted queja de nuestra puntualidad.

Carmen Qué, ¿ha adelantado usted mucho?

Perdigu. Muchísimo. Ustedes no pueden darse una idea de lo que tengo adelantado.

Esper. ¿Y qué deduce usted?

Perdigu. Deduzco... que a partir de hoy Quitón multiplicará sus tentativas para llevarse la estatuíta, pero mientras yo esté en esta casa no logrará nada, y dentro de unos días, quince... veinte... ya veremos, él mismo confesará que desiste.

Romualda ¿Y lo cogerá usted prisionero?

Perdigu. *(Con desprecio.)* No sé, quizá lo desprecie; yo soy así, los inutilizo y los perdono.

Romualda Mal hecho.

Perdigu. Mientras yo permanezca en esta casa les aseguro que no les ocurrirá nada grave; ahora, lo que no puedo garantizarles es que no tengan emociones.

Cándido Precisamente es lo que yo quiero. Y ahora,

amigo Perdiguero, hablemos de otra cosa muy importante: de sus honorarios.

Perdigu. ¡Ah, no, nada de eso... después, cuando consiga que vuelva la tranquilidad!

Cándido Creo que es costumbre dar una cantidad adelantada.

Perdigu. Sí es costumbre, pero yo jamás la he pedido; tengo tal confianza en mi trabajo...

Cándido Sin embargo, yo quisiera...

Perdigu. Le ruego a usted que no hablemos más de eso.

Carmen *(Que durante el diálogo anterior ha salido al foro y mira por la ventana del jardín.)* ¡Por Dios, Esperanza, corre, que Aníbal está revolcándose en los macizos de flores! No va a dejar ni una.

Esper. Sí, sí. *(Yendo a la izquierda.)* Verónica, Verónica, coja usted a Aníbal y tráigamelo aquí en seguida... ¿Pero quién lo habrá soltado?...

Romualda No sé; yo lo mandé encerrar en la cochera.

Cándido Es que ese Aníbal concluirá por destrozarnos el jardín.

Perdigu. ¿Es un perro policía?

Romualda ¿Policía? *(Señalando a Verónica, que entra con un perrito muy chico, a ser posible.)* Mírelo usted.

Verónica Aquí tiene usted el perro, señorita.

Esper. Ven que te dé dos azotes por...

Perdigu. *(Interponiéndose.)* ¡Quieta! ¡No toque usted a Aníbal! Que nadie lo toque, sólo yo debo hacerlo...

Todos *(Sorprendidos.)* ¿Por qué?

Perdigu. Porque en este momento Aníbal no es un perro, es el instrumento de un bandido.

Todos ¡Eh!

Perdigu. Fíjense en el cuello.

Cándido Trae una carta. *(Va a quitársela.)*

Perdigu. He dicho que nadie debe tocarlo más que yo... *(Va a acercarse.)* ¿Muerde?

Esper. No, no, señor.

Perdigu. *(Acercándose, quitándole la carta y leyendo el sobre.)* Para don Cándido Rico. *(Se la da.)* Tome usted.

Cándido *(Abriéndola.)* Y viene con caracteres impresos, como las otras. Es de Quitón.

Perdigu. Lea, lea.

Cándido *(Leyendo.)* «Si usted cree que por albergar en su casa a Perdiguero no he de lograr mi

objeto, está usted equivocado. Sé que tengo que luchar con un adversario terrible y de una rara inteligencia; pero no importa, el triunfo será mío. Quitón.»

Perdigu. ¡Ah! ¿No les acababa de decir que no tardaría en llegar una carta? Ahí la tienen ustedes.

Romualda ¡Qué barbaridad!

Esper. ¡Es usted inmenso!

Perdigu. ¡Regular, nada más! Quitón también es hábil, ha buscado un mensajero mudo que no puede traicionarle, que no dirá nada... es decir, eso cree él.

Esper. ¡Ay, Aníbal! Cuando pienso que ha visto a Quitón.

Carmen A su cómplice.

Esper. ¿Quién te ha soltado? ¿Quién ha puesto esa carta en tu pescuecito?

Cándido ¡Si pudiese hablar!...

Perdigu. *(Con seguridad.)* ¿Quién le ha dicho a usted que no?

Todos ¡Eh!

Romualda ¡Le va a hacer hablar a un perro! Eso sí que no; yo me voy.

Perdigu. Todo consiste en saberlo interrogar: claro está que lo que se dice hablar... pero puede darnos detalles interesantísimos.

Cándido *(Emocionado.)* ¡A ver! ¡A ver!

Perdigu. Con permiso. Vamos a ver, querido Aníbal: ¿Quién ha entrado en la cochera donde estabas encerrado? ¿Es persona conocida de la casa?... ¿No, verdad? Ya está esto esclarecido.

Romualda Pero si no ha dicho esta boca es mía.

Perdigu. Que se cree usted eso; precisamente con la boca me ha respondido: obsérvenle el hociquito; todavía tiene en él restos de un terrón de azúcar que le han dado para halagarlo Una persona conocida, familiar para él, no hubiese tomado esa precaución. Está claro que ha sido una persona extraña y casi aseguro que ha sido el mismo Quitón en persona... *(Al perro.)* De modo que te has vendido por un terrón de azúcar y cuando te han sujetado la carta al pescuezo ni siquiera has intentado resistir. *(Mirándolo con la lupa.)* ¿Cómo? Que sí, ¿que te has resistido?... Ya lo oyen ustedes, se ha resistido.

Carmen Pero si tampoco...

Perdigu. Ha hablado, ¿verdad? Pero su cuello ha contestado por él. Vean ustedes el pelo aplastado por la presión de una mano fuerte. Mano de hombre... Vean aquí, a la izquierda, la marca del pulgar. El hombre lo ha cogido con la mano derecha y con la izquierda le ha puesto la carta. Lo contrario de lo que cualquiera de nosotros hubiéramos hecho, a menos de ser zurdos. Tenemos que habérnoslas con un zurdo. Indudablemente Quitón es zurdo. *(Al perro.)* Bueno, pues muchas gracias, querido Aníbal, y otra vez ten más cuidado. *(A los demás.)* Ya ven ustedes cómo ha respondido; se le presentó una persona extraña, le halagó dándole un terrón de azúcar, después le agarró por la garganta, le colocó la carta, lo dejó en el jardín... ¡Con claridad lo ha dicho todo!

Cándido *(Entusiasmado.)* ¡Es prodigioso! ¿Verdad? *(A Carmen, Romualda y Esperanza. Momentos antes ha entrado ROSARIO, y acercándose a Perdiguero le pregunta muy bajo.)*

Rosario ¿Qué tal?

Perdigu. Colosal; este perro nos va a proporcionar la mar de perros.

(Vuelven a oirse otros dos tiros. Perdiguero, que ya no se acuerda, hace un movimiento de estupor.)

Cándido No, no se asuste usted; es...

Perdigu. *(Deteniéndolo.)* No me lo diga, para qué... Alguien que se ejercita en el tiro al blanco; seguramente su hijo Julio.

Esper. ¡Lo sabe todo!

Carmen ¡Lo adivina todo!

Romualda ¡Es extraordinario!

Cándido ¡Es maravilloso!

Perdigu. *(Dejándose caer en una butaca, con aire de triunfo.)* ¡Soy Perdiguero!

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

La misma decoración del primero. Han transcurrido dos semanas. Son las seis de la tarde.

(Al levantarse el telón, ZURBANO, de unos treinta y cinco años, sentado junto a la mesa copia en un papel la estatuíta que tendrá delante. CANDIDO se pasea y de cuando en cuando se detiene para mirar el trabajo de Zurbano. DOÑA ROMUALDA, sentada, hace «crochet». CARMEN, cerca de ella, lee.)

Cándido *(Observando el trabajo.)* Muy bien, amigo Zurbano, muy bien: es admirable la exactitud... ¿Por qué no marca más los contornos?

Zurbano Es que me resulta contrario a mi manera de concebir el dibujo.

Cándido Sí, sí, lo comprendo; pero es que el dibujo de esta estatuíta es para reproducirlo, y si el trazado es ligero...

Zurbano ¡Ah!, ¿es para un grabado?

Cándido Para un grabado que ha de ir en la obra que voy a publicar con el título de «El misterio de la estatua». También pienso publicar mi retrato, el del señor Perdiguero y el de Quitón.

Romualda El de Quitón te va a ser difícil.

Cándido ¿Por qué?

Romualda Porque ya oyes al señor Perdiguero: cada día le da más lástima de él.

Cándido Ya veremos.

Zurbano ¡Ea! Terminado.

Cándido *(Cogiendo el dibujo.)* Es exacto. *(Se lo guarda.)*

Romualda ¿Trabaja usted mucho ahora?

Zurbano Mucho.

Cándido ¿Consiguió usted por fin el estudio de que me habló?

Zurbano Ya estoy instalado en él hace más de veinte días.

Cándido ¿Y qué hace ahora?

Zurbano Estoy... *(Dudando.)* pintando un cuadro.

Romualda ¿Asunto religioso?

Zurbano No... *(Dudando.)* Paisaje.

Cándido *(A ellas.)* ¿Os parece que vayamos mañana?

Carmen No, no.

Cándido Así conocemos el nuevo estudio y el trabajo.

Zurbano
Carmen } ¡No! *(A un tiempo.)*

Zurbano Esperen ustedes unos días y así podré enseñarles mi cuadro ya terminado. No me gusta enseñar mis obras bosquejadas únicamente.

Carmen Sí, sí, lleva razón el amigo Zurbano. *(Tratando de cambiar de conversación.)* ¿Qué les pasará a esos, que son las seis y no dan señales de vida?

Cándido No te preocupes estando Perdiguero con ellos.

Romualda Se fueron hasta la capital, a enseñarle al señor Perdiguero la Universidad, la Catedral...

Carmen Mi impaciencia es por conocer la historia que nos cuente hoy.

Zurbano ¿Una historia?

Cándido Todas las tardes nos cuenta una aventura policíaca suya: hoy lleva aquí catorce días y nos lleva contadas trece aventuras. ¡Qué prodigio! Parece mentira que siendo relativamente joven, le hayan podido ocurrir tantas cosas.

Romualda *(Con intención.)* Sí que parece mentira, sí.

Cándido Romualda, vengo observando que siempre que se habla del señor Perdiguero das a tus palabras cierto aire de ironía...

Romualda Es que estoy esperando que haga algo, porque en las dos semanas que lleva aquí...

Cándido ¿Pero qué ha de hacer, si desde su presencia en la casa, Quitón no ha dado más señales de vida? ¡Le tiene miedo!, y lo que él dice: ¿cómo voy a combatir a un enemigo que no ataca?

Romualda Pues en esas condiciones es un oficio muy descansado el de detective. Comer, pasearse, dormir... asistir a todas las reuniones...

Cándido Es que el ser detective no quita para que se esté bien educado, y éste lo está; en fin, has-

ta se ha hecho simpático a mi esposa, que en otra ocasión... la sola idea de tener un policía dentro de nuestra casa... no lo hubiese tolerado...

Carmen Tienes razón; pero este Perdiguero, sin ser guapo, resulta sumamente simpático.

Romualda Demasiado simpático. Gusta a todo el mundo, y aquí, sin ir más lejos, hay a quien no debía gustarle tanto.

Cándido ¿A quién te refieres? Habla.

Romualda A tu hija Esperanza.

Cándido ¿Eh?

Romualda Perdóname, pero ya sabes que yo soy así. Castellana clara.

Cándido Esperanza es una chiquilla incapaz...

Romualda Sí, sí; mira, Cándido; tú, embebido con tus libracos, no te das cuenta de nada; pero lo que yo te digo es el Evangelio de la misa.

Carmen Será así; pero yo he notado que ella no puede sufrirlo, y no pierde ocasión de decirle cosas desagradables.

Romualda Efectivamente; desde hace dos días ha cambiado por completo; algo ha debido ocurrir, que yo averiguaré, no os quepa duda.

Cándido Cállate, que me parece que llegan.

(Por la primera izquierda entran ESPERANZA, JULIO y PERDIGUERO.)

Perdigu. *(Entrando.)* Ya estamos aquí.

Cándido ¿Qué, se ha pasado la tarde agradablemente?

Julio La tarde no se ha pasado, nos la ha dado Esperanza con su dichoso carácter.

Esper. Porque no hay medio de ir a ningún lado con ese... señor. *(Por Perdiguero.)* No atiende a nadie, no le presta atención a nadie... En todo lo que ve busca una deducción... siempre haciendo conjeturas...

Cándido Es su carrera.

Esper. Cuando se va con una señorita se debe comportar de otro modo. ¿Qué dirías de un médico que no hablase más que de enfermedades, o de un abogado que no se le cayese de los labios el Código civil? Pues sencillamente que era un mal...

Cándido *(Reconviniéndola.)* Esperanza...

Carmen Haz el favor de contenerte.

Julio Pues así la hemos tenido que soportar toda la tarde, ¿verdad? *(A Perdiguero.)*

Perdigu. Y yo encantado.

Esper. *(Haciéndole burla.)* ¿Encantado, verdad? Pues no me tendrá usted que soportar más, porque no iré con usted a ningún lado.

Romualda *(Regañándola.)* Esperancita, por Dios...

Esper. No, no; si me voy a mi habitación.

Cándido Es lo mejor que puedes hacer. ¡Ah, y prepárate, que ya sabes que esta noche estamos invitados a cenar en casa de la marquesa de Velilla!...

Esper. Pues si no me lo recuerdas... *(Con intención.)* ¿Y vamos todos?

Cándido Todos, menos Rosario, que está haciendo un gran trabajo de clasificación que no puede dejar porque me corre prisa.

Esper. ¿De manera que el señor Perdiguero va también?

Cándido Claro que va.

Esper. Pues yo no puedo ir, porque estoy mala, muy mala; me duele la cabeza; necesito descanso; me voy a acostar.

Perdigu. Si es mi presencia la que impide asistir a la comida, yo renuncio generosamente...

Cándido ¡Ni pensarlo! ¿Cree usted que vamos a estar todos sometidos a los caprichos de esta nerviosa?...

Esper. ¿Yo? ¿Nerviosa yo?

Cándido Sí, tú.

Esper. Pues por eso voy a darle descanso a los nervios. Buenas tardes. *(Hace mutis por la primera derecha.)*

Carmen Está loca.

Cándido Excúsela, amigo Perdiguero; ya habrá usted comprendido que se trata de un manojo de nervios.

Perdigu. Por excusada.

Cándido Pero siéntese, siéntese, amigo Perdiguero, y recuerde usted que es la hora en que nos cuenta una de sus hazañas.

Perdigu. ¡Ah! ¿Pero esta tarde también?...

Cándido ¡Claro! Le juro que es el rato que paso más felix...

(Por la derecha sale ROSARIO con unos papeles en la mano.)

Rosario ¿Quiere usted examinar estas traducciones?

Cándido No, ahora no, después... Ahora nos va a contar Perdiguero una de sus muchas aventuras.

Rosario ¡Ah! ¿El señor Perdiguero va a contar...? *(Mirándole.)*

Perdigu. *(Con intención, a ella.)* Si, señorita, sí... ¡La catorce aventura!

Cándido Quédese usted a oirla; a usted le encantan también estas cosas. *(A Perdiguero.)* Hoy tiene usted un nuevo oyente. *(Presentándole.)* Mi amigo Zurbano, un gran pintor.

Zurbano Eso de gran... De todos modos, si a usted no le molesta, me agradaría oirle...

Perdigu. No faltaba más...

Cándido *(Con interés.)* Empiece, empiece.

Perdigu. Bueno, pues verán ustedes... Me encontraba yo... ¿dónde me encontraba?... ¡Ah, sí!... Me encontraba en mi modesto segundo derecha de la calle del *(Mirando a Rosario.)* Calvario, entretenido en recortar figuritas de papel. La noche había cerrado por completo, cuando de pronto siento que llaman precipitadamente a la puerta; abro y era un chico de Teléfonos que me traía un telefonema urgente; le doy veinte céntimos; leo el contenido y era del marqués de Pino Seco, que me rogaba que fuese inmediatamente a su casa de campo de Torrelodones. Inmediatamente le dije a Canseco.

Rosario ¿Canseco?

Perdigu. Sí, un novelista amigo mío que me acompaña en casi todas mis pesquisas.

Cándido Lo que Watson era para Sherlock Holmes.

Perdigu. Exactamente. Pues le dije: «Canseco, vete corriendo a la calle de Alcalá y tráeme un auto de alquiler.» Diez minutos después montábamos en el taxis, y media hora más tarde llegábamos a la puerta de la casa de campo de Pino Seco. Atravesamos un inmenso parque abandonado y casi cubierto de árboles seculares, donde anidaban los cuervos, los mochuelos, las lechuzas...

Romualda *(Santiguándose.)* ¡Jesús! ¡Jesús!

Cándido *(A Romualda.)* ¡Cállate!

Perdigu. El anciano marqués, a pesar de sus riquezas, nos recibió de una manera desconcertante: ocupaba él solo la casa. Vestía un traje miserable, lleno de manchas; se había dejado crecer las uñas hasta el extremo que cuando tocaba algún objeto rechinaba con un rechinamiento de garra. Nos hizo pasar a una habitación, y en ella, a la sola claridad de una

sola vela, nos contó el por qué de su telefonema.

Cándido ¡Interesante!

Perdigu. Acababa de ser víctima de un robo.

Todos ¡Ah!

Perdigu. Le habían robado la fe de bautismo, documento que necesitaba para recoger una cuantiosa herencia, y que no podía reemplazar, porque la iglesia donde recibió el agua del Jordán había sido destruída por un incendio, que no dejó ni las campanas, y como él nació antes de implantarse el Registro civil... ya pueden ustedes figurarse... El robo se había cometido en unas circunstancias extrañas. Estaba él en su despacho, cuya única puerta había cerrado por dentro con cerrojo, y cuya única ventana había igualmente cerrado; leyendo la fe bautismal se quedó dormido; cuando despertó, el documento había desaparecido. Nadie pudo entrar, ni la puerta ni la ventana denunciaban señales de violencia, y, sin embargo, el documento había sido robado.

Romualda ¿Y usted averiguó?...

Perdigu. Yo me tomé dos huevos crudos, que es mi costumbre; esperé a que viniese el día y de día examiné el despacho. ¡Ni un indicio! ¡Nada! De pronto observé que la ventana tenía uno de los cristales altos roto, y en seguida por el cristal vi claramente. Esperé a la noche, me encerré en el despacho y dejé el pañuelo sobre la mesa. ¡No me había equivocado! Al poco tiempo, por el hueco del cristal roto aparece una urraca; entra, se posa sobre la mesa, coge el pañuelo y vuela; pero antes cierro las maderas, y minutos después el ladrón estaba en mi poder.

Romualda ¿Y estará en la cárcel?

Cándido Calla, Romualda, calla. Continúe, porque con coger a la urraca, el problema seguirá en pie.

Perdigu. Efectivamente; pero se me ocurrió otra idea formidable: unos pintores estaban ocupados en pintar la verja. Cojo una brocha y le doy a la urraca una mano de verde. Parecía un loro. Después le recorto las alas y la dejo en libertad. La ladrona huye dando saltos en dirección de su nido, que es lo que yo quería averiguar; la sigo y la veo meterse en el hue-

co que tenía un chopo milenario; llego, meto la mano y saco la partida de nacimiento del anciano marqués de Pino Seco y un medallón con el retrato de su señora, que también había desaparecido.

Carmen ¡Prodigioso!

Zurbano
Julio
Rosario *(Aplaudiendo.)* Bravo. ¡Muy bien!

Cándido El marqués quedaría encantado.

Perdigu. Loco; quiso firmarme una letra por una cantidad enorme; yo rehusé; por último quedó en mandarme mil duros, que espero de un momento a otro.

Romualda ¡Ay, señor Perdiguero; si viera usted las urracas que hay también por estos alrededores!...

Perdigu. Estando yo no les tenga usted miedo.

Carmen Oyendo a Perdiguero se nos pasa el tiempo sin sentir. Son las siete, y antes de las ocho tenemos que estar en casa de Velilla.

Cándido Sí, tienes razón; hay que ir vistiéndose. ¿Queréis vuestras joyas?

Carmen No; al tiempo de salir nos las darás.

Zurbano Yo me retiro también.

Cándido *(A Romualda.)* Procura convencer a Esperanza que no sea ridícula...

Zurbano *(Bajo a Carmen al tiempo de darle la mano.)* (Mañana por la mañana, ¿verdad?)

Carmen *(Igualmente.)* (Sí, a la hora de costumbre.) *(Perdiguero, que se ha dado cuenta y ha oído algo, se queda mirándole.)*

Zurbano *(A Perdiguero.)* Hasta la vista, y conste que tiene usted un gran ojo detectivesco.

Perdigu. *(Con ironía.)* Ya se dará usted cuenta... otro día...

Cándido Vamos, vamos.

(Hacen mutis todos por la primera derecha, menos Perdiguero y Rosario. Apenas quedan solos, miran a todos lados, y cuando se convencen que nadie les observa, dice Rosario.)

Rosario ¡Tienes una memoria prodigiosa! Toma, la aventura de mañana. *(Dándole unas cuartillas.)*

Perdigu. Que no, que yo no me aprendo ya más historias de estas, que estoy viendo que una tarde meto la pata; además, que a mí se me figura que doña Romualda me está tomando el pelo. ¿Habrá adivinado algo?

Rosario ¡Imposible!

Perdigu. Pues, ¿y esa estúpida de Esperanza?... Siempre diciéndome cosas desagradables.

Rosario ¡Tonto! Esperanza te habla así porque está enamorada de ti.

Perdigu. ¿De mí?

Rosario De ti; más que como persona, como detective, por tus hechos, por tus aventuras...

Perdigu. Pues sí que tiene una manera de hacerse agradable...

Rosario El caso es que la cosa marcha. Don Cándido está encantado; dentro de poco podremos casarnos... ¡Dame un abrazo!

Perdigu. *(Aterrado.)* ¡No, eso no!

Rosario *(Extrañada.)* ¿Por qué?

Perdigu. Porque... no quería decírtelo, Rosario; pero me parece que anteayer, cuando nos abrazábamos allá en el fondo del jardín, alguien nos vió; sentí moverse las ramas... y figúrate si nos cogiesen, entonces sí que lo deducirían ellos todo, y adiós ilusiones.

Rosario ¿Pero quién?...

Perdigu. Qué sé yo. Ya sabes que en estas cuestiones soy de lo más torpe que puede darse. Cuando leo una novela policíaca, jamás adivino el final; pero que se movieron las hojas, eso te lo puedo asegurar.

Rosario El aire... En fin, si no quieres abrazarme, no me abraces... Mejor para mí.

Perdigu. Pero si como querer... si lo estoy deseando... pero si nos cogiesen... Y el caso es que si no nos cogen yo me voy a perder... Bueno, allá va, y sea lo que Dios quiera. *(Le da un abrazo.)*

(VERONICA, saliendo seguida de PEPE SABUESO; es un hombre joven, viste más bien mal que bien, cayada de roten, bigote ancho, muchas cejas, tipo amadrileñado.)

Verónica Pase usted y espere, que voy a avisarle a doña Romualda.

(Sabueso da su conformidad con la cabeza, se apoya en el roten y se queda en una actitud como para retratarlo.)

Rosario *(Bajo a Perdiguero.)* ¿Quién será este tipo?

Perdigu. El aspecto no me gusta mucho.

Rosario *(Saludando.)* Buenas tardes.

(Sabueso contesta ondeando el sombrero y haciendo una inclinación de cabeza.)

Perdigu. Oye, ¿hay aquí colegio de sordomudos?

Verónica *(Saliendo.)* Ahora mismo sale la señora.

(Cruza y hace mutis primera izquierda.)

Rosario *(Bajo a Perdiguero.)* Tú, que sale doña Romualda, y no conviene que nos vean juntos.

Perdigu. Y ésa menos; hasta luego. *(Mutis por la escalera segunda derecha.)*

(Por la primera izquierda sale DOÑA ROMUALDA, a tiempo que entra Rosario.)

Romualda ¿Va usted al trabajo?

Rosario Sí, señora; hoy tengo mucho que hacer.

Romualda Ya, ya se lo he oído decir a mi hermano. Que cunda.

Rosario *(Entrando.)* Gracias.

(Quedan solos Sabueso y Doña Romualda. Esta última, después de echar una mirada a todos lados, le indica a Sabueso que se siente; lo hace, se sienta también ella y le pregunta.)

Romualda ¿Casa Metijona? *(Sabueso saca una tarjeta y se la alarga a Romualda.)* Muy bien. Me he dirigido a la casa por el anuncio que leí en el «A B C»; la casa trabaja con...

Sabueso Rapidez, discreción y garantía.

Romualda ¿Y usted se llama...?

Sabueso *(Levantándose.)* Pepe Sabueso, de la Casa Metijona y Compañía, Válgame Dios, 18, principal. Informaciones de todo género. Consultas sobre procesos, datos relativos a herencias, especialidad en adulterios, noticias...

Romualda Basta, basta; siéntese.

Sabueso *(Sentándose.)* Con todos los respetos de la Casa Metijona.

Romualda Yo rogué a la casa que me hiciese una información amplia acerca de un tal Avelino Perdiguero, detective.

Sabueso *(Sonriendo irónicamente.)* ¡Detective!

Romualda No lo es, ¿verdad? *(Sabueso hace un signo negativo con la cabeza.)* ¿Entonces qué es?

Sabueso *(Con un gran desprecio.)* ¡Escritor!

Romualda ¿Está usted seguro?

Sabueso *(Sacando un papel.)* Aquí tengo su ficha. *(Leyendo.)* Casa Metijona y Compañía, Válgame Dios, 18...

Romualda *(Reteniéndole.)* Suprima el encabezamiento y a la ficha.

Sabueso *(Leyendo.)* Perdiguero Machado, Avelino, nacido en Madrid, soltero, escritor apenas co-

nocido. Lleva una vida bastante precaria, porque su padre, el célebre pintor de retratos, Perdiguero, por su modo de vivir generoso y espléndido, no le dejó ni un céntimo.

Romualda Pero cómo; ¿éste es hijo del pintor?... Su padre fué muy amigo de mi difunto esposo, y le hizo su retrato y el mío, y jamás quiso aceptar el dinero que mi marido le ofrecía por su trabajo. ¡Era un verdadero hombre honrado! No me explico por qué su hijo se ha presentado aquí fingiéndose policía...

Sabueso *(Leyendo.)* Hace tres años que está comprometido para casarse con la señorita Rosario Fernández, casamiento que nunca llega por la situación monetaria en que se encuentra.

Romualda ¿Con la señorita Rosario Fernández? ¡La secretaria de mi hermano! Ahora me doy cuenta. Ese Quitón y el robo de la estatua no es más que una cosa inventada por los dos para sacarle dinero a Cándido. *(Alto.)* Estoy muy satisfecha del trabajo de la casa y de la exactitud de la casa, y como tendré necesidad de sus servicios, le suplico que se vaya a Salamanca y se hospede en la Fonda Europea; allí recibirá noticias mías. Por lo pronto no me conviene que le vean aquí.

Sabueso La señora puede disponer de mí como le plazca.

Romualda Retírese y hasta más ver.

Sabueso *(Saludando.)* Con todos los respetos de la Casa Metijona. *(Mutis.)*

Romualda *(Riendo.)* De modo que lo de detective... Y esas historias que nos cuenta todas las tardes... Y el neurasténico de mi hermano convencido de que tiene un gran policía a su lado. ¡Pobre Cándido y pobre Perdiguero, porque debe estar sufriendo!...

(Salen por la primera izquierda CARMEN, JULIO y DON CANDIDO, vestidos para irse a la calle; les sigue ROSARIO.)

Cándido *(Al ver reir a Romualda.)* ¿Qué milagro es éste? ¡Tú riendo!

Romualda Y tú no sabes con qué ganas.

Julio ¿Pero qué le pasa a usted, tía?...

Romualda Nada; ¿no os quejabais de que siempre estuviese malhumorada? Pues ahora me tenéis risueña.

Rosario *(A Don Cándido.)* ¿Continúo traduciendo el asunto Jouchard?

Cándido Sí, sí... ¿Ha declarado ya él?

Rosario En el número de hoy viene precisamente la declaración.

Cándido Bien; no me adelante nada y prepáremela para la noche; quiero ver si he adivinado lo que va a decir.

Romualda No se canse usted mucho, señorita Rosario.

Rosario Este trabajo lo he encontrado muy divertido.

Romualda Lo comprendo; el trabajo que está usted haciendo es para divertirse.

Cándido ¿De manera que no habéis podido convencer a Esperanza?

Carmen Todo ha sido inútil.

Cándido ¡Qué se le va a hacer! Vámonos, que ya es hora. ¡Ah, voy a daros vuestras alhajas! *(Saca una llave del bolsillo del chaleco y se dirige a la caja y la abre.)* Ahí tienes tu collar. *(A Romualda.)* Toma tus pendientes. *(A Carmen.)*

Carmen *(Coge el estuche, lo abre y da un grito.)* ¡Dios mío!

Todos ¿Qué sucede?

Carmen El estuche vacío.

Todos ¡Eh!

Carmen Mis perlas; ¿dónde están mis perlas?

Romualda Quizá estén en tu habitación.

Carmen En mi habitación estoy segura que no.

Cándido Además, anoche las coloqué yo en el estuche, que guardé aquí; estoy seguro. *(Mirando la caja y revolviendo otros estuches.)* Nada, no hay nada. ¡Las han robado!

Rosario Lo raro es que no se hayan llevado más que las perlas.

(En este momento se ve bajar por la escalera segunda derecha a PERDIGUERO, de smoking.)

Cándido ¡Ah, querido Perdiguero! Llega usted a tiempo.

Perdigu. ¿Qué pasa?

Carmen Que han robado de la caja de hierro mis pendientes de perlas.

Perdigu. ¿Robado? *(Sin darse cuenta.)* Habrá que llamar a la Policía.

Todos *(Con estupor.)* ¿Eh?

Rosario *(Rápido.)* Pero señor Perdiguero, ¿cómo puede decir eso un detective?

Perdigu. *(Dándose cuenta de la plancha.)* ¡Ah, sí, es verdad!... Ustedes me perdonen; pero es que muchas veces me olvido de que soy lo que soy.

Cándido Se ocupará usted inmediatamente del asunto.

Perdigu. ¿Inmediatamente?- Ahora mismo. Excúsenme ustedes con la marquesa y váyanse, váyanse; necesito quedarme solo.

Cándido De buena gana me quedaba con usted para verle trabajar; pero di mi palabra...

Perdigu. Repito que se vayan todos y me dejen.

Carmen ¡Mis perlas! Haga usted todo lo posible por que parezcan en seguida; más que por su valor las aprecio porque fueron regalo de mi esposo.

Perdigu. ¡Parecerán!

Cándido Con un detective como el señor Perdiguero, puedes estar tranquila.

Romualda *(Con ironía y riendo.)* Con un detective como ese, puedes dormirte.

Cándido Romualda, que el momento no es para reir.

Romualda Apuesto a que tú estás encantado con lo sucedido. Otro asunto que te apasiona como el de Quitón.

Cándido Te diré. Quitón me amenaza con robarme una cosa; pero éste me la ha robado, y eso ya varía.

Perdigu. No se preocupen; esto es un juego de niños para mí. ¿Dónde guarda usted la llave de la caja?

Cándido Nunca la abandono; de día la tengo en mi bolsillo; de noche la pongo sobre la mesilla, cerca de mi cama, con el reloj, la cigarrera...

Perdigu. ¿Su dormitorio se cierra con llave?

Cándido No.

Perdigu. Es una imprudencia. Porque han podido entrar en silencio, coger la llave, robar las perlas y volver a colocar nuevamente la llave en su sitio... Pero en fin, váyanse, váyanse y déjenme trabajar.

Cándido ¿Habrá sido Quitón?

Rosario *(Rápidamente.)* No.

Romualda ¿Y usted qué sabe?

Perdigu. Lo dice porque no es la manera de trabajar de Quitón.

Rosario *(Turbada.)* Sí, eso.

Perdigu. Quitón hubiese dejado una carta en el estuche.

Cándido Tiene usted razón. Vamos, que estoy deseando estar de vuelta.

(Salen por la primera izquierda; Romualda, que hace mutis la última, les dice.)

Romualda Hasta luego; que espero darle la enhorabuena por su triunfo. No en balde es usted un gran detective.

Perdigu. A mí esta señora me pone nervioso... Si no fuera... En fin, anda, dime qué tengo qué hacer con las perlas y dónde digo que las he encontrado.

Rosario ¡Ah!, ¿pero te has creído?...

Perdigu. La verdad; que es una combinación tuya para que yo logre un triunfo.

Rosario Pues no lo es.

Perdigu. *(Aterrado.)* ¡Cómo!

Rosario Que esta vez el robo es de verdad.

Perdigu. ¿De verdad? Y yo tengo que... Me voy... me voy...

Rosario ¡Por Dios, Avelino!

Perdigu. Pero cómo voy a descubrir... no, no; que venga la Policía...

Rosario ¡Pero no comprendes que si entra aquí la Policía lo primero que descubrirá es que tú no eres detective y hasta puede que sospechasen de ti!

Perdigu. Sí, sí; tienes razón; la Policía no debe entrar... Ahora que las perlas, como dependa de mí el encontrarlas, que se despidan de ellas.

Rosario Piensa, deduce... no es tan difícil el oficio de policía.

Perdigu. *(Con aire de triunfo.)* Es verdad, y para un escritor de mi genio, menos... Después de todo, cerebro me sobra... A ver, a ver... ¿Quién ha podido llegar de noche hasta el dormitorio de don Cándido, coger la llave?... ¿Qué personal hay en la casa?

Rosario El portero, que hace de guarda y ayuda a Verónica en la limpieza, y nadie más.

Perdigu. Dices que el portero...

Rosario Sí; pero por ahí no vas bien. Ese pobre hombre está por encima de toda sospecha.

Perdigu. Entonces... ¡Dios mío, quién podría iluminarme, hacer que brotasen en mí ideas!...

Rosario ¡Ah, espera! *(De encima de la vitrina coge unos libros que habrá y se los va arrojando encima de la mesa a Avelino.)* Toma, Mauricio Leblanc, Sherlock Holmes, Conan Doyle...

Ahí están las soluciones de infinidad de casos como el nuestro.

Perdigu. Sí, es verdad; estos están obligados a ayudarnos. *(Cogiendo un libro.)* ¿Me oyes, Sherlock Holmes? Tú con tus extravagantes historias, con tus fantásticas deducciones, has vuelto loco a un pobre hombre y has arrastrado a la secretaria de ese hombre a que obligue a un escritor insigne a pasar por detective. Bueno, pues tú verás lo que haces. Estás obligado a sacarme de este apuro... ¿Dónde pueden estar las perlas, Sherlock?... ¡Habla!

Rosario *(Que ha abierto un libro, da un grito.)* ¡Ah, mira!

Perdigu. *(Leyendo.)* «Un nuevo triunfo de Sherlock Holmes. El robo de las perlas negras». Aquí debe estar.

Rosario Leamos.

Perdigu. Sí, leamos. Gracias, Sherlock Holmes. *(Se sienta en el sillón con el libro en la mano; Rosario sobre el brazo y figurando que leen, va cayendo el telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



Acto tercero

La misma decoración. Son las ocho de la mañana del día siguiente.

(Al levantarse el telón PERDIGUERO está sentado en el suelo, en el centro de la escena; delante y formando un medio círculo tiene unos cuantos zapatos de señora y botas de caballero. Aplica con gran cuidado sobre cada bota una plantilla de cartón.)

Perdigu. *(Aplicando la plantilla a un zapato.)* Nada... este tampoco. *(A otro.)* Ni éste... ¡Tendré mala pata!

Rosario *(Saliendo primera derecha.)* ¡Avelino!

Perdigu. No me distraigas, que estoy siguiendo una pista. *(Probando otro.)* Tampoco es éste.

Rosario Descansa un momento, hombre.

Perdigu. Sí, tienes razón. No puedo más. ¿Qué hora es?

Rosario Las ocho.

Perdigu. ¿No se habrá levantado nadie?

Rosario Creo que no... pero explícame esto que estás haciendo.

Perdigu. Verás; anoche, cuando subí a mi cuarto a cambiarme de traje, oí que se abría una de las ventanas del comedor y hasta se me figuró que alguien saltaba con precaución al jardín. Corro a cerciorarme... pero inútil... el hombre o mujer había desaparecido... Entonces se me ocurrió una idea luminosa, me dije: «él volverá y al regresar lo cojo», y me pongo en acecho a esperarle.

Rosario ¿Y lo cogiste?

Perdigu. ¿Coger? Lo que cogí fué el sueño. Me quedé como un tronco.

Rosario No sirves para nada.

Perdigu. Es que se me ocurrió otra idea más luminosa todavía. Ya sabes que anoche llovió bastante, la tierra del jardín se conservaba húmeda, cojo un cartón y tomo en él lo que pudiéramos llamar la huella «plactilógrafa» del que escapó; mando después al portero que me traiga el calzado de todos los que se cobijan en la casa, y aquí me tienes averiguando quién fué el que saltó, para deducir después, ¿qué te parece?

Rosario Que eres un animal.

Perdigu. Rosario, que soy tu prometido.

Rosario Seas lo que seas. Si el jardín, por la lluvia, estaba lleno de barro, con buscar los zapatos que también lo estén...

Perdigu. Pues es verdad... Aquí están. Son los únicos que están llenos de barro.

Rosario ¿De quién son?

Perdigu. También tengo que averiguarlo.

Rosario *(Desesperada.)* ¡Qué inútil eres!

Perdigu. No te impacientes; esto me lo dice el portero... Por cierto que hace poco, cuando le pedí todo el calzado de la casa y le interrogué detectivescamente, temblaba como un azogado. Ahora verás. *(Toca un timbre.)* Claro que todavía no soy un detective hecho y derecho; pero voy progresando mucho, y como siga así encuentro las perlas... yo no sé lo que tardaré; pero que alguna vez las encuentro... *(Por la primera izquierda hace salida NEMESIO, portero de la casa. De unos cuarenta y cinco años, pero aviejado.)*

Nemesio ¿Han llamado los señores?

Perdigu. He llamado yo... Tengo que interrogarte nuevamente.

Nemesio *(Aterrado.)* ¿Otra vez?

Perdigu. *(Aparte a Rosario.)* Fíjate ahora y verás. *(Alto.)* Acércate, Nemesio. *(Nemesio avanza temblando.)* Ya sabes que hace poco, cuando te mandé traer todo esto, te dije que leía en tus ojos como en un libro abierto.

Nemesio Sí, señor, sí, y desde entonces estoy que no me llega la camisa al cuerpo... y vamos que no, que prefiero decírselo todo al señor policía.

Perdigu. *(Asombrado.)* ¡Eh!

Rosario *(Asombrada.)* Sí, sí, dígalo.

Nemesio Pues, bien; yo soy el único culpable.

Perdigu. *(Con aire de triunfo.)* Lo sabía. *(A ella.)* ¿Ves, ves el olfato que voy teniendo ya?

Nemesio Pero no lo volveré a hacer, lo juro, y juro además respetar las que quedan.

Perdigu. *(A Rosario.)* Por lo visto tenía pensado llevarse las demás alhajas. ¡Qué triunfo, Dios mío, qué triunfo! *(Alto.)* Bueno, ¿y dónde guardas las piezas de convicción, dímelo?...

Nemesio Las piezas... Pues ya lo puede suponer el señor policía... en el estómago.

Perdigu. ¡Se las ha tragado!

Rosario ¡En el estómago!

Nemesio ¡A ver! El líquido aquí y los cascos, pa que no sospechasen, los he roto.

Rosario ¿Pero de qué está usted hablando?

Nemesio ¿De qué he de hablar? De las botellas de rancio que guardaba del señor y que me dió la tentación de probar una y sin querer me he ido bebiendo las doce que faltan. ¡Es un vino enorme!

Perdigu. *(A Rosario.)* Lo que es enorme es la plancha mía... Yo que creí... En fin, vamos a la otra pista. *(Alto.)* Bueno, pues eso del vino no llegará a conocimiento de don Cándido si prometes contestarme la verdad a lo que te pregunte.

Nemesio Pregunte usté.

Perdigu. ¿De quién son estas botas?

Nemesio *(Mirándolas.)* Del señorito Julio.

Perdigu. ¿Y por qué están llenas de barro?

Nemesio Porque salió anoche, después de venir de casa de la marquesa.

Rosario ¿Pero el señorito Julio sale de oculto?

Nemesio Sí, señorita; de oculto y además sale casi todas las noches.

Perdigu. ¿Y adónde va?...

Nemesio Pues como ir va... *(Dudando.)*

Perdigu. Habla claro, si no quieres que te haga daño el vino que te has bebido.

Nemesio Pues va a la capital, a jugar...

Rosario ¿A jugar?

Nemesio Sí, señorita, sí; tiene en el Casino una partida de golfo y parece ser que juegan bastante fuerte. Yo lo sé por el criao de don Fernandito, que es uno de los de la partida.

Perdigu. ¿De modo que se juega fuerte?

Nemesio Sí; pero, por Dios, que no lo sepa don Cán-

dido, le costaría un disgusto enorme al señorito Julio, porque ya saben ustés que el señor lo que más odia en el mundo es el juego.

Perdigu. Esta bien; llévate este saldo y cuidado con decir ni una palabra... ¡Ah!, y si viene alguna carta para el señorito Julio, me la das a mí.

Nemesio Una acaban de dejar, precisamente, del señorito Fernando...

Perdigu. ¿De ese que juega con él?

Nemesio Sí, señor.

Perdigu. Trae acá. *(Nemesio le da una carta cerrada.)* Y ahora retírate.

Nemesio *(Cogiendo en el delantal grande que habrá sacado todo el calzado.)* Hasta que me necesite el señor... *(Hace mutis por la primera izquierda.)*

Perdigu. *(Con una alegría grande y paseándose.)* ¡Ya está! ¡Ya está!

Rosario ¿Quién?

Perdigu *(Con la misma alegría.)* ¡El ladrón! ¡Las perlas! ¡Si tengo un olfato!...

Rosario *(Adivinando.)* ¡Ah!, ¿pero es que supones que Julio?...

Perdigu. No es que supongo, es que estoy seguro. Deduce y verás. Un robo cometido por alguien que rodea a don Cándido... Se descarta a los sirvientes... Queda la familia. En la familia hay uno que juega... El que juega necesita dinero y además lo pierde... Por jugar es capaz una persona, no digo de robar a su familia, sino de comérsela... ¡A ver! ¡Claro como la luz!

Rosario *(Casi convencida.)* Sí, sí, está dentro de lo posible... ¿Sabes que te estás haciendo un detective?...

Perdigu. *(Com importancia.)* Pero como una casa. *(Enseñando la carta.)* Y aquí en esta carta está todo el misterio.

Rosario ¿Pero vas a abrirla no siendo para ti?

Perdigu. Podía, porque un detective tiene derecho a todo; pero tengo otro plan. Esta carta la abrirá Julio delante de su padre y de mí.

Rosario *(Con miedo.)* Oye, que si por casualidad estuvieses equivocado... el golpe sería...

Perdigu. ¡Equivocado! Descuida, que esta vez el triunfo es seguro.

Rosario (*Fijándose en la primera derecha.*) Me parece que viene don Cándido.

Perdigu. Retírate, no conviene que nos vean juntos. (*Rosario hace mutis por la escalera segunda derecha. Perdiguero se pasea con aire de triunfo. Por la primera derecha sale don Cándido.*)

Cándido (*Saliendo.*) Buenos días, amigo Perdiguero. Qué, ¿hay novedades?

Perdigu. (*Dándose importancia.*) Las hay.

Cándido Según eso el ladrón...

Perdigu. Quién sabe; ahora que mi pesquisa es un poco delicada... Hay que tener mucha prudencia...

Cándido ¿Prudencia?

Perdigu. Así como suena, el robo no puede haberlo cometido más que una persona muy afecta a usted, y yo debo medir mis palabras.

Cándido Me intriga usted.

Perdigu. Conste, ante todo, que yo no acuso a nadie.

Cándido Hable usted, por favor, señor Perdiguero.

Perdigu. ¡Ah!, ¿usted quiere que hable?

Cándido Se lo exijo.

Perdigu. Pues bien; sea. En primer lugar, ¿usted sabe que su hijo Julio sale misteriosamente todas las noches de esta casa?

Cándido ¿Mi hijo? ¿Y adónde va?

Perdigu. A jugar.

Cándido ¡A jugar!

Perdigu. Y fuerte. Tiene una partida de golfo en el Casino, y pierde.

Cándido ¡Ah!, ya veo claro. Usted quiere indicarme que Julio es... Pero no, no es posible.

Perdigu. Conste que yo no acuso a nadie... deduzco.

Cándido (*Viendo salir a Julio por la primera derecha.*) Precisamente aquí viene; ven acá, Julio, acércate.

Julio ¿Me necesitas?

Cándido ¿Es cierto que todas las noches abandonas misteriosamente esta casa para irte a jugar al golfo?

Julio ¿Quién te lo ha dicho?

Cándido Luego es cierto. Desgraciado: ¿tú sabes a lo que puede conducirte ese vicio?

Julio Jugar no es un crimen.

Cándido Pero puede conducirte a él.

Julio Creo que exageras. Tengo, en efecto, una partida de golfo en el Casino... No quise de-

cirte nada porque tenía la seguridad de que te iba a molestar... Fernando también es de la partida.

Perdigu. Precisamente tengo una carta de él para usted. Ahí va. *(Dándosela.)*

Julio ¡Ah, sí, la esperaba; se trata de una deuda de juego!

Cándido ¡De una deuda de juego!

Perdigu. *(Bajo a don Cándido.)* ¡Eh!, ¿tengo olfato o no tengo olfato?

Julio Sí; mil y pico de pesetas de anoche.

Cándido Mil y pico de pesetas. ¿Tú pierdes en una noche mil pesetas?

Julio Al contrario, las gano. *(Enseñando la carta que ha abierto.)* Entérate si quieres; me dice que me pase esta tarde por el café para entregármelas. Hace tiempo que tengo una suerte loca. En lo que va de mes llevo ganadas más de doce mil pesetas.

Cándido ¿Doce mil pesetas?

Julio Puedes enterarte.

Cándido *(A Perdiguero.)* Entonces... sus deducciones...

Perdigu. *(Aterrado.)* ¡Otra plancha! *(Alto.)* Le diré: yo ya advertí que no acusaba a nadie...

Julio Pero, ¿es que se me acusaba?...

Cándido Aquí, el señor Perdiguero, al saber que jugabas y que jugabas fuerte deducía que lo de las perlas...

Julio Comprendo: que yo había robado las perlas para venderlas y jugarme el dinero. ¿Usted ha creído eso, verdad?

Perdigu. Un momento... pero nada más que un momento. En seguida he visto claro que no. Yo no me equivoco.

Julio *(Serio.)* Agradezco a usted el concepto que ha formado de mí, y no lo olvidaré nunca.

Perdigu. Olvídelo, olvídelo.

Julio *(Seco.)* Buenos días. *(Hace mutis primera derecha.)*

Perdigu. *(A don Cándido.)* ¿Pero ha visto usted cómo se pone por nada? ¡Por una deducción!

Cándido Poco a poco. Durante unos momentos me ha hecho usted dudar de mi propio hijo.

Perdigu. Cuidadito, que yo dije que no acusaba a nadie... Ahora que las apariencias...

Cándido Está bien; le suplico que active sus pesquisas y las termine cuanto antes, de lo contrario me veré precisado a llevar este asunto

a los Tribunales. Hasta luego. *(Mutis primera derecha. Por la escalera segunda derecha aparece Rosario.)*

Rosario *(Desde la escalera.)* ¿Qué, triunfaste?

Perdigu. *(Con ironía.)* Pero un triunfo como... ¿Para qué te diré yo?

Rosario Para envanecerte.

Perdigu. Para coger la maleta e irme.

Rosario ¡Otra plancha!

Perdigu. Pero que de esas de circo.

Rosario ¿Julio no juega?

Perdigu. Juega y gana.

Rosario Entonces don Cándido...

Perdigu. Me ha puesto una cara más larga que la carrera de ingeniero, y me ha amenazado con que si no doy pronto con la solución llevará el asunto a los Tribunales.

Rosario Y entonces el castillo de nuestras ilusiones se viene abajo.

Perdigu. Pero que no quedan ni los escombros...

Rosario Está visto que no seremos felices nunca.

Perdigu. *(Como si recordase algo.)* Espérate... sí... sí... torpe de mí... Ya la tengo... ya está...

Rosario ¡Ay, que me das miedo, Avelino!

Perdigu. Ella es...

Rosario ¿Quién?

Perdigu. Escucha. Ayer sorprendí que la mujer de don Cándido le decía en voz baja y temblorosa a ese pintor...

Rosario ¿Al señor Zurbano?

Perdigu. A ese: «Espéreme mañana, a las diez, como todos los días.» ¿Para qué puede ir una mujer casada a ver en secreto a un hombre todas las mañanas? ¿No es esto una pista?

Rosario Pero sin más antecedentes, ¿cómo vas...?

Perdigu. Es que los tengo: es que Verónica me confesó anoche, cuando la interrogué, que doña Carmen va, efectivamente, en secreto, todas las mañanas a ver al señor Zurbano; que se está allí cerca de una hora, que el señor Zurbano es un antiguo amigo de la casa y que, fíjate... ¡conocía a doña Carmen mucho antes que se casase!... ¿Eh? ¿Es una pista o no es es una pista?

Rosario ¿Pero qué deduces?

Perdigu. Pues una cosa clara como el agua de la fuente. Que la que ha robado las perlas ha sido ella.

Rosario ¡Ella! ¡Ay, Avelino, tú te has vuelto loco!

Perdigu. Nunca he estado más en mi juicio. Recuerda la novela que leímos anoche, titulada «Un caso de chantaje», y compara: en este mismo caso.

Rosario En efecto, tiene cierto parecido.

Perdigu. Parecido, calco, y para triunfar voy a hacer lo mismo que hizo Sherlock-Holmes.

Rosario Contarle a la ladrona su propia historia, figurando que es una de tus muchas aventuras.

Perdigu. Hasta el momento que no pueda más y se confiesa. Te digo que tengo un talento... No, si yo he nacido para esto.

Rosario Piensa que otra equivocación sería terrible.

Perdigu. Esta vez estoy seguro.

Rosario Voy a ver si ha llegado el correo, y Dios te ilumine.

Perdigu. Ve tranquila, que en esta ocasión soy un arco voltaico. *(Rosario hace mutis por la primera izquierda. Perdiguero se pasea triunfante, de pronto se fija en la lateral derecha y hace una exclamación y corre a ocultarse junto a la ventana.)* ¡Ah! *(Se oculta. Por la primera derecha, en traje de calle, sale CARMEN y se dirige a la primera izquierda; antes de llegar le sale al encuentro Perdiguero.)* Buenos días.

Carmen *(Contrariada.)* ¡Ah! ¡Buenos días. Qué, ¿ha descubierto usted ya al ladrón de mis perlas?

Perdigu. Descubierto... aún no... pero estoy sobre una pista.

Carmen *(Con alegría.)* ¿Sí? ¿Y usted la cree segura?

Perdigu. Segurísima... Y me extraña esa pasión que pone usted en este asunto.

Carmen Figúrese: se trata de una de mis joyas más preciadas, no sólo por su valor, sino por su procedencia.

Perdigu. ¿Nada más que por eso?

Carmen *(Ofendida.)* ¿Qué quiere usted decir?

Perdigu. ¿Le gustó a usted la historia de la urraca que le conté ayer?

Carmen Muy ingeniosa.

Perdigu. Pues he sido actor en otra aún más interesante.

Carmen Ya nos la contará esta tarde.

Perdigu. Yo quisiera contársela ahora.

Carmen Apenas tengo tiempo.

Perdigu. Se lo suplico... Es muy rápida.

Carmen *(Sentándose.)* Le escucho.

Perdigu. *(Dándose una gran importancia.)* En un caserón antiguo de una provincia, vivía una mujer joven, casada en segundas nupcias con un hombre de mucha más edad que ella y de una gran posición metálica; la mujer casada, antes de su casamiento había amado a un joven artista, escultor, pintor, escritor, figúrese usted lo que mejor le plazca, y de aquel amor sólo quedaba como rastro un paquete de cartas comprometedoras, que el artista en cuestión retenía en su poder. ¿Se va usted dando una idea?

Carmen Completa.

Perdigu. La esposa salía todas las mañanas y secretamente iba a visitar a su primer amor, en súplica de que le devolviese sus cartas; pero él no sólo se negaba, sino que amenazaba con entregárselas al marido si ella no le entregaba una cantidad bastante respetable.

Carmen ¡Qué canalla!

Perdigu. ¿Verdad que sí? Usted a un hombre así...

Carmen Lo odiaría.

Perdigu. En este momento y como por arte de encantamiento desaparecen de la casa las joyas de la esposa, me llaman y a los diez minutos adquiero la convicción de que ella se robó a sí misma para tener el dinero que el miserable le exigía.

Carmen ¡Pobre mujer! ¿Y usted qué hizo?

Perdigu. Como detective, debía comunicárselo al marido; como caballero y como español debía amparar a una dama. La esperé una mañana y en el momento que iba a salir la detuve y la dije: «Señora, sé que es usted la que ha hecho desaparecer sus joyas. Usted no debe tolerar que sospechen de un inocente ni de que me crean a mí incapaz de encontrar al ladrón; démelas usted, yo volveré a colocarlas en la caja de hierro de una manera ingeniosa, como mía, el secreto quedará en mí y el olvido cubrirá para siempre vuestra falta.»

Carmen *(Levantándose.)* Muy bien; es usted un hombre admirable.

Perdigu. *(Con modestia.)* Costumbre que tengo y nada más.

Carmen Reúne usted la perspicacia del detective y la generosidad del caballero.

Perdigu. Sí, sí; algo tengo de las dos cosas.

Carmen Pero si la señora devuelve las joyas, él, el artista, seguirá siendo el dueño de las cartas...

Perdigu. No; porque yo iré a buscarle y le diré: amigo mío...

Carmen *(Sin dejarle acabar.)* No; espérese, se me ocurre otra cosa mejor. Haga el favor de llamar. *(Perdiguero toca el timbre, momentos después aparece NEMESIO. Mientras, Carmen escribe una carta. A Nemesio.)* Dígale al señor que haga el favor de venir.

(Nemesio entra por la primera derecha.

Perdigu. ¿Qué va usted a hacer?

Carmen El artista va a venir en persona a traerle el paquete de cartas. Lea usted lo que le digo. *(Le da la carta.)*

Perdigu. *(Leyendo.)* «Todo está descubierto. Venga en seguida y traiga lo que no debía usted entregarme hasta el jueves. Es preciso. No pierda un minuto.—Carmen.»

Nemesio *(Saliendo.)* Ahora mismo viene el señor.

Carmen Tome; lleve esta carta, volando, al estudio del señor Zurbano. Ya me ha oído usted, volando.

Nemesio Está bien. *(Mutis primera izquierda.)*

Perdigu. *(Asustado.)* Pero, ¿para qué llama usted a su esposo?

Carmen Para confesarle la verdad.

Perdigu. *(Aparte.)* ¡Mi madre, la que le he buscado! *(Alto.)* Considere usted que eso es perderse.

Carmen Lo sé y estoy dispuesta a expiar mi falta.

Perdigu. *(Aterrado.)* No, no; yo no puedo permitir... Don Cándido no es dueño de sus nervios y si empieza a golpes...

Carmen Aquí está ya.

Perdigu. ¡La mata!

(Sale don CANDIDO por la primera derecha.)

Cándido ¿Qué te ocurre que me llamas con esa urgencia?

Carmen Te llamo porque Perdiguero ha descubierto al ladrón de mis perlas.

Cándido ¿De veras? Ya era hora.

Carmen *(Con timidez.)* Y el ladrón es... una ladrona.

Perdigu. No, no, cuidado. Yo no he dicho tanto... Yo no acuso a nadie.

Cándido ¡Ah, ya, estamos como la otra vez!... Acabemos, ¿quién es esa ladrona?...

Carmen ¡Yo! *(Resignada.)*

Cándido *(Asombrado.)* ¿Tú? ¿Que tú te has robado a ti misma?

Carmen Sí, Cándido; yo me he robado las perlas.

Cándido ¿Pero para qué?

Carmen Para venderlas. Escúchame, Cándido, escucha la confesión de una esposa indigna.

Perdigu. *(Interviniendo.)* No, tanto como indigna... Ligerilla, ligerilla nada más.

Carmen Antes de conocerte alimenté un amor culpable por Zurbano.

Perdigu. No, amor culpable no; una simpatía... un afecto...

Cándido *(Ya loco.)* ¡Se quiere usted callar!

Carmen Zurbano recibió de mí unas cartas con las cuales podría perderme.

Perdigu. No muchas: dos o tres.

Carmen Y ahora ese miserable exige para devolvérmelas una suma que yo no tengo, y para proporcionármela robé mis perlas.

Cándido *(Pasándose la mano por la cabeza.)* Yo estoy leyendo alguna de esas historias que me han vuelto loco... No, no es posible. Zurbano es una persona decente, y en cuanto a ti... repito que no puede ser.

Carmen *(Cambiando de actitud y muy risueña.)* Entonces, contéstale tú a nuestro amigo Perdiguero, autor de esta historia, que estoy por decir que es la más ridícula de todas las que ha contado.

Perdigu. ¡Eh, poco a poco: la historia será ridícula; pero yo no la he inventado! Y puesto que usted se pone así, termina el caballero y entra el detective. ¿Es cierto que todas las mañanas?...

Carmen *(Sin dejarle acabar.)* Salgo aproximadamente a estas horas y voy al estudio del señor Zurbano, donde permanezco una hora y a veces más... Exacto, y aquí llega el señor Zurbano con el paquete misterioso dispuesto a confundirme.

(Por la primera izquierda hace salida ZURBANO. Trae debajo del brazo un objeto cuadrado, envuelto en un papel.)

Zurbano *(Entrando.)* ¿Qué ocurre, mi buena amiga,

para que me llame con esa urgencia y me obligue a que traiga?...

Carmen Perdóneme, amigo Zurbano; pero ya comprenderá usted que cuando lo he hecho, ¿quiere hacerme el favor de enseñarle a mi esposo eso que trae usted?

Zurbano ¿Enseñarle? ¡Pero si está sin acabar!

Carmen Se lo suplico.

Zurbano *(Quitando los papeles.)* Un retrato sin terminar, no debe nunca enseñarse.

Cándido ¡Ah!, ¿pero es tu?...

Carmen Mi retrato, con el que quería sorprenderte el día de tu santo.

Cándido ¡Qué atención más delicada!

Perdigu. *(Fijándose en el retrato y queriendo enmendar la plancha.)* ¡Divino! ¡Está usted hablando!

Zurbano *(Malhumorado.)* No, señor; no está de ninguna manera, porque está sin acabar, y lo que no acierto a explicarme es por qué usted... *(A Carmen.)*

Carmen Pregúnteselo usted al señor Perdiguero.

Zurbano ¿Cómo? ¿Tiene usted la culpa de que...?

Perdigu. Una deducción falsa... ¡Pero en seguida he visto que no!

Carmen El señor Perdiguero es detective; se ha enterado que yo iba a ver a usted todas las mañanas y ha deducido que entre nosotros existía una relación equívoca.

Zurbano ¿Es posible?

Cándido Como usted lo oye.

Zurbano *(A Perdiguero.)* Caballero, voy a dejar mi trabajo y volveré; espero encontrarle, porque tenemos que hablar algo muy interesante.

Perdigu. No tenga prisa.

Zurbano Hasta la vista. *(Hace mutis por la primera izquierda.)*

Perdigu. *(Aparte.)* Este vuelve a pegarme.

Cándido *(Irónico.)* No se desanime, señor Perdiguero; todavía me queda familia. Puesto que no ha sido ni mi hijo, ni mi mujer, puede serlo mi hija Esperanza o mi hermana Romualda o yo, ¡qué diablo!...

Perdigu. Le hago notar...

Cándido Sí; que usted no acusa a nadie, pero ofende a todos.

(Por la primera izquierda entra ROSARIO con unas cuantas cartas y periódicos.)

Rosario Aquí está el correo.

Cándido *(De mal humor.)* Está bien; ahora lo examinaremos.

Rosario *(Aparte a Perdiguero.)* ¿Acertaste? ¿Te espera el triunfo?

Perdigu. *(Aparte a Rosario.)* Me espera una de palos que me van a mondar.

(Por la primera derecha aparecen ROMUALDA, ESPERANZA y JULIO.)

Romualda ¿Pero hoy no nos desayunamos en esta casa?... Son cerca de las diez.

Cándido Tienes razón; es que me han dado una mañana...

Esper. ¿Ha aparecido ya el ladrón de las perlas? ¡Un detective tan prestigioso está quedando mal en esta ocasión!

Perdigu. *(Aparte a Rosario.)* Aquí me va a tomar el pelo hasta el perro.

Cándido No empieces ya, Esperanza.

Esper. A propósito, señorita Rosario, ¿quiere usted hacerme el favor de traer su bolsillo de mano?

Rosario Con mucho gusto. *(Hace mutis por la primera derecha para salir en seguida con él.)*

Esper. *(A Cándido.)* Me ofreciste ayer que si me levantaba me harías un obsequio.

Cándido En efecto.

Esper. ¿Pues sabes lo que quiero? Un bolso igual al de Rosario... Mira, aquí le tienes. *(Coge el bolso de Rosario que le habrá dado.)* A ser posible, exactamente igual, y sobre todo que tenga el cierre como éste, tan suave, que apenas hace ruido cuando se cierra... fíjate. *(Le da el bolso a Cándido, que lo abre y da un grito.)*

Cándido *(Fijándose en el interior del bolso.)* ¿Eh?

Todos ¿Qué pasa?

Cándido ¡Tus perlas! *(Sacándolas.)*

Carmen ¡Mis perlas!

Rosario ¡En mi bolso!...

Perdigu. Eso es imposible.

Carmen ¿Imposible? ¡Véalas usted!

Perdigu. Sostengo que la señorita Rosario no ha podido robar las perlas. Si lo sabré yo. O soy detective o no lo soy.

Cándido Usted será lo que quiera; pero en esta ocasión no tiene derecho a hablar así. Ha acusado a todo el mundo menos a la culpable.

Rosario (*Sollozando.*) Yo culpable...

Cándido Sí, culpable. Bien clara está la prueba, y ya comprenderá usted que lo menos que puedo hacer es indicarle a usted que salga inmediatamente de esta casa.

Rosario (*Sollozando.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Romualda No llore usted, ni se preocupe. Usted no sale de esta casa.

Cándido ¿Qué dices?

Romualda Si mi hermano se ha vuelto loco, yo no. Bonita manera de resolver un asunto tan delicado, en el que se juega la honra de una muchacha, por una vaga sospecha.

Esper. ¿Vaga?

Cándido Las perlas estaban en su bolso.

Romualda Aunque hubieran estado en su bolsillo. No vale la pena que te hayas leído tres mil novelas policíacas, que te hayan atiborrado el cerebro de peripecias increíbles, para que resuelvas este asunto como un chico de diez años...

Julio Pero tía...

Romualda No hay tía que valga; yo no tengo novelas ni recortes, ni esa biblioteca que tiene tu padre; pero tengo sentido común y estoy segura que esa muchacha es inocente.

Rosario ¡Oh, gracias, señora, gracias!

Romualda No tienes de qué dármelas; si no lo sintiese no lo diría; yo soy así, castellana clara.

Cándido Está bien, no quiero contradecirte. (*A Rosario.*) Quédese hasta que esto se aclare.

Perdigu. Eso es, hasta que yo lo aclare.

Todos (*Aterrados.*) ¡No!

Cándido Usted está aquí demás. Dígame lo que son sus honorarios...

Perdigu. ¡Ah!, ¿pero es que se me despide? Pues bien; desde lejos o desde cerca seguiré ocupándome de este asunto: yo no puedo dejar a la señorita Rosario bajo el peso de tan odiosa acusación.

Romualda Muy bien; no decaiga usted.

Perdigu. (*Creciéndose.*) ¿Decaer yo? Usted no me conoce: Sherlock-Holmes era más grande cuando más perdida tenía la partida; así soy yo; y juro que en el término de veinticuatro horas, Quitón caerá en mi poder; el ladrón de las perlas será descubierto y la inocencia de Rosario no dará lugar a dudas. ¿Me oyen us-

tedes? Veinticuatro horas. ¿Qué hora es? *(Mirando su reloj.)* Las diez y cinco verdad. Pongan ustedes todos sus relojes a las diez y cinco. *(Todos los ponen.)* ¿Estamos? Pues hasta mañana a las diez y cinco.

Romualda *(Aparte y risueña.)* ¡Pobre hombre! Mañana...

Rosario *(Aparte y risueña.)* Mañana lo mondan.

FIN DEL ACTO TERCERO



Acto cuarto

La misma decoración. Son las diez de la mañana.

(Al levantarse el telón la escena está sola. Por la primera izquierda entra CANDIDO, seguido de NEMESIO.)

Cándido Llevaste en seguida mi telegrama, ¿verdad?

Nemesio Fuí volando. Los dos salieron en el acto.

Cándido ¿Los dos?

Nemesio El del señor y otro que me dió doña Romualda.

Cándido ¿Mi hermana? ¿Te dió un telegrama?... ¡Es raro! ¿A quién le habrá telegrafiado?

Nemesio También se extrañó doña Romualda cuando supo que había puesto otro del señor.

Cándido ¡Hola! ¿Se extrañó, eh?

Nemesio Bastante.

Cándido Está bien; retírate.

(Nemesio hace mutis por la primera izquierda; por la primera derecha sale ROMUALDA.)

Cándido *(Hablando con él mismo.)* ¿Con que Romualda ha telegrafiado?

Romualda *(Que ha salido un momento antes.)* ¿Ya hablas solo?

Cándido Solo, preguntándome a quién has podido telegrafiar tú anoche.

Romualda Esa misma pregunta me hacía yo hace poco: ¿a quién habrá telegrafiado mi hermano anoche?

Cándido Muy sencillo: a Gómez-Birrete.

Romualda ¿A tu abogado?

Cándido A mi abogado, quejándome amargamente del botarate que me envió en lugar de un policía perspicaz.

Romualda Pues yo le telegrafié a una antigua amiga mía para que me envíe desde Madrid un telegrama cuyo texto le enviaba.

Cándido ¿Para qué?

Romualda Dentro de poco lo sabrás.

(ROSARIO, por la escalera segunda derecha hace salida.)

Rosario ¿No tiene el señor ningún trabajo que encargarme?

Cándido *(Secamente.)* Ninguno; puede usted hacer lo que guste.

(Hace mutis por la primera derecha. Rosario queda en la actitud lógica de suponer.)

Romualda Vamos, no se apesadumbre.

Rosario ¿Qué quiere usted que haga, doña Romualda? A pesar de su defensa, ya lo ve. Don Cándido me cree una... *(No se atreve a decir la palabra.)*

Romualda Ladrona, ¿verdad?

Rosario Sí, señora; no me he atrevido a pronunciar la palabra por temor a que me quemase los labios.

Romualda ¿Pero no le dije a usted que mi hermano está algo chiflado? Basta mirarla para convencerse de que es incapaz...

Rosario ¡Oh! Nunca me cansaré de darle las gracias, y puesto que es usted tan sincera y tan buena, no quiero engañarla ni un minuto más. Sí, señora, prefiero decirle toda la verdad.

Romualda La verdad es que es muy doloroso ser escritor sin que le tomen sus trabajos y querer locamente a una mecanógrafa sin fortuna.

Rosario *(Sorprendida.)* ¿Eh?

Romualda La verdad es que es muy agradable hallar un medio para proporcionarse unas cuantas pesetas necesarias para un casamiento, aunque ese medio sea tan expuesto como hacerse pasar por un famoso detective sin serlo.

Rosario ¡Por Dios! ¿Pero es que usted sabe?...

Romualda Todo... Y gracias a mí pueden ustedes, ¿me ha entendido?, ustedes estar tranquilos.

Rosario ¿Me deja usted que la dé un abrazo?

Romualda De todo corazón. *(Se abrazan.)*

Rosario Pero ¿quién robaría las perlas? ¿Usted no tiene una idea?

Romualda ¡Quién sabe! ¡Tal vez!...

Nemesio *(Entrando por la primera izquierda.)* Seño-

ra: un hombre, que dice que lo ha citado usted, desea que le reciba.

Romualda ¡Ah, sí! Hágalo pasar. *(A Rosario.)* Y usted vaya a trabajar y esté completamente tranquila que mi hermano volverá a ser para usted el que era antes. No se preocupe.

Rosario Gracias, señora. *(Hace mutis por la derecha.)*

(Por la izquierda entra PEPE SABUESO.)

Sabueso *(Desde la puerta.)* ¿Hay permiso?

Romualda Pase, pase.

Sabueso *(Entrando.)* Con todos los respetos de la casa Metijona.

Romualda Siéntese.

Sabueso *(Sentándose.)* Con todos...

Romualda Con todos los que usted quiera, pero siéntese y escúcheme, escúcheme con atención.

Sabueso Soy todo orejas, señora.

Romualda ¿Es usted observador?

Sabueso ¿Observador? Esa pregunta equivale a decir si tengo quinqué... ¿Pues si no tuviese flúido, sería del oficio que soy?... *(Dándose importancia.)* ¡Que si observo! ¿Usted ve estos dos ojos?, pues son dos kodas; todo lo que pasa por delante de ellos lo recogen y ahí está para cuando sea necesario... ¿Usted crée que si no la casa?...

Romualda No me hable usted más de la casa. Hoy necesito de usted y sólo de usted.

Sabueso La señora dispone de mí como de un manguito.

Romualda Bien; quedamos en que es usted observador: siendo así, ayer cuando entró se fijaría en un hombre que había aquí precisamente.

Sabueso Le enfoqué breves momentos; pero lo suficiente para que no se me despinte.

Romualda ¿Está usted seguro?

Sabueso Preséntemelo usted, mezclado con...

Romualda Sí, con unas cuantas personas...

Sabueso Sí, con treinta o cuarenta mil más, y me voy directamente a él y le pido lumbre si está fumando.

Romualda Pues teniendo esa seguridad, oiga bien mis instrucciones. *(Se levanta, saca del pecho un papel y se dirige a la vitrina; coge la estatuíta y en su lugar deja el papel; vuelve a dirigirse a Sabueso y dándole la estatuíta, le dice.)* Tome esta estatua: la envuelve en un papel cualquiera y se la guarda; dentro de

media hora justa vuelve de nuevo aquí; seguramente estará con nosotros la persona a que nos hemos referido; a ella se dirige usted, y entregándole el paquete le dirá: «Señor Perdiguero, acabo de cumplir sus órdenes; el paquete estaba, efectivamente, como usted adivinó, enterrado a los pies del alcornoque que hay en el extremo del jardín.» ¿Lo ha retenido usted bien?

Sabueso Sin perder una sílaba... ¿Usted cree que si no la casa?...

Romualda Y dale: a ver, repítalo usted.

Sabueso «Señor Perdiguero: acabo de cumplir sus órdenes; el paquete estaba, efectivamente, como usted adivinó, enterrado a los pies del alcornoque que hay en el extremo del jardín.»

Romualda Perfectamente. Espero que mañana podrá usted marcharse a Madrid, y respecto a sus honorarios no tenga cuidado, que se los pagaré con creces.

Sabueso Desde que vi a la señora, me hice cargo de su magnanimidad. *(Señala los ojos.)* Kodak que tiene uno.

Romualda Más vale así. Hasta dentro de media hora.

Sabueso Con todos los saludos de la casa Metijona. *(Mutis por la primera izquierda.)*

Romualda ¡Ea! Ya tenemos una cosa solucionada; ahora...

(Por la primera izquierda entra GOMEZ-BIRRETE.)

Gómez *(Como si hablase con alguien.)* ¡No; no es menester!... Soy gran amigo del dueño. *(Entrando.)* ¡Oh, mi querida Romualda!

Romualda Amigo Gómez-Birrete.

Gómez ¿Por lo visto está usted pasando estos meses de calor con su hermano?...

Romualda Me escribió invitándome... y usted, ¿cómo por aquí?

Gómez Vengo indignado, a aclarar un asunto. Figúrese, mi buena amiga, que anoche a primera hora recibí un telegrama de don Cándido, quejándose amárgamente de un policía que dice que le he enviado.

Romualda ¿De veras?

Gómez Y lo triste es que yo ni le he enviado a nadie, ni sé el porqué de sus reproches... ni conozco nada de lo que le ha ocurrido.

Romualda Yo puedo adelantarle algo; pero, desde lue-

go, aleje usted de su imaginación la idea de una de esas aventuras policíacas a las que como sabe usted es tan aficionado mi hermano.

Gómez ¡Ah! ¿No se trata de una aventura?...

Romualda Aventura, sí; pero de amor.

Gómez En la que el héroe se ha valido, sin duda, de mi nombre...

Romualda Va usted a adivinarlo todo.

Gómez Entonces me alegro doblemente haber venido para desenmascararle.

Romualda O para ayudarle.

Gómez ¿Cómo?

Romualda Sí, querido Gómez-Birrete. ¡Usted habrá estado enamorado alguna vez!

Gómez Nunca.

Romualda Por lo menos un capricho...

Gómez Nunca.

Romualda Bueno, pero comprenderá lo que es el cariño.

Gómez Nunca... Pero, en fin, ¿de qué se trata?

Romualda Se trata de la novela de una muchacha mecanógrafa, muy linda, prometida de un escritor muy simpático, a los que me he jurado ayudarles, y para eso necesito de su complicidad.

Gómez ¿Yo? ¿Yo cómplice?

Romualda Sí, cómplice. ¿Usted no ha mentido nunca?

Gómez Nunca.

Romualda ¿No es usted abogado?

Gómez ¿Y qué me quiere usted decir?

Romualda Que ya que ha defendido tantos crímenes. defienda usted hoy el enorme delito del amor. Puede usted, si quiere, ponerme la minuta.

Gómez ¡Doña Romualda, por Dios!

Romualda Nada, nada... Venga usted, y le pondré en antecedentes y le diré todo lo que tiene que hacer.

Gómez A ver si estoy afortunado.

(Hacen mutis por la primera derecha. Queda la escena sola por un instante. Poco a poco va asomando por la ventana del foro la cabeza de PERDIGUERO, que mira con cautela. Por la escalera de la segunda derecha baja ROSARIO; al sentir el ruido, Perdiguero oculta la cabeza, después vuelve a mirar a tiempo que Rosario llega a escena.)

Perdigu. *(Desde la ventana sisea.)* ¡Chist... chist!

Rosario *(Apercibiéndose.)* ¡Eh!... ¿Quién? *(Sorprendida al ver asomar la cabeza de Perdiguero.)* ¿Tú?

Perdigu. ¡Yo, sí!

Rosario Pero, ¿cómo...?

Perdigu. Escalo el muro y me agarro a la ventana como el más vulgar de los ladrones, sencillamente porque don Cándido ha dado orden de que no me dejen entrar, y yo tenía necesidad de verte. Se me ha ocurrido una idea luminosa. Ya sé quién robó las perlas.

Rosario ¿Quién?

Perdigu. ¡Doña Romualda! ¡Eh!, ¿tengo olfato o no lo tengo?

Rosario ¡Doña Romualda! ¡Ella! ¡Pero si es imensamente rica!

Perdigu. Las robó para que yo hiciese el ridículo. ¿No has notado que no me puede tragar?

Rosario Estás equivocado: doña Romualda es nuestro mejor aliado... estoy segura; hace un momento me lo acaba de decir.

Perdigu Para que no sospeches nada; pero cuando yo te lo digo... ya sabes que acierto en todo.

Rosario Bueno, ¿y la cita que diste ayer?

Perdigu. A eso vengo.

Rosario ¿A qué?

Perdigu. A no venir. Lo de ayer fué que se me ocurrió en el momento, para salir del paso; pero, ¿para qué voy a venir hoy dentro de media hora?

Rosario Llevas razón; para hacer el ridículo...

Perdigu. Bueno, pero es que tú no puedes estar ni un momento más en esta casa.

Rosario No dejas de tener razón; desde ayer, don Cándido es otro; apenas me habla, y en cuanto al trabajo, no quiere que le haga nada.

Perdigu. Bueno, pues o ahora mismo te decides a abandonar esta casa y a que nos vayamos a Madrid, o salto dentro, y cuando estén todos delante grito: «Esta es la mujer que quiero, y por ella he venido, y no soy detective».

Rosario ¿Qué dices?

Perdigu. La verdad.

Rosario Y agravarías mi situación.

Perdigu. ¡Más que está! Nada, decídete, chiquilla; en la puerta te espero; coge tu ropa y a Madrid; allí no ha de faltarte trabajo, y en cuanto a

mí, ya veremos; se me están ocurriendo unas ideas...

Rosario Si tú vieras lo que les temo a las ideas tuyas...

Perdigu. Rosario, decídete; mira que aquí ya aunque hagas santos siempre serán demonios.

Rosario Sí, sí; tienes razón, me voy.

Perdigu. Te espero.

Rosario Espérame.

Perdigu. No tardes, que estoy muy nervioso.

Rosario En seguida.

(Perdiguero desaparece y Rosario sube por las escaleras de la segunda derecha. Por la primera derecha salen DON CANDIDO, ROMUALDA, CARMEN y GOMEZ-BIRRETE.)

Cándido *(Como continuando una conversación.)* Le aseguro que debe usted estar equivocado.

Gómez Yo le aseguro que no. Entre nuestros policías jóvenes, Avelino Perdiguero es uno de los más entendidos y de los que más se asemejan a los policías ingleses. En Madrid ha tenido muchos triunfos.

Cándido Pues aquí no ha hecho más que tonterías.

Carmen Cuando la desaparición de las perlas sospechó de todo el mundo. ¡Hasta llegar a acusarme a mí! ¡Figúrese qué absurdo!

Gómez Pues yo tengo una confianza ciega en él.

Romualda Y yo. Ya saben éstos que jamás he creído en eso de detectives, pues así y todo, el señor Perdiguero ha llegado a convencerme. Yo creo que todo lo que ha hecho, en vez de torpezas son habilidades suyas, con algún fin particular.

Cándido ¿Habilidades?

Romualda Habilidades. Acuérdate, si no, lo listo que estuvo en el asunto de la estatuíta; cómo adivinó...

Cándido Sí, sí; en lo de la estatua...

Gómez Apropósito; ¿quieren ustedes enseñarme ese ídolo persa?...

Cándido No faltaba más. *(Se dirige a la vitrina y lanza un grito.)* ¡Eh!

Carmen ¿Qué ocurre?

Cándido ¡Que se han llevado la estatuíta!

Gómez / **Carmen** ¿Cómo?

Cándido Y en su lugar han dejado esta carta.

Romualda ¡Una carta!

Cándido *(Abriéndola.)* Sí, es de él, de Quitón. *(Leyendo.)* «Señor Rico: Decididamente es usted un imbécil. Ha echado de su casa a Perdiguero, cuando su sola presencia me tenía atado de pies y manos; aprovecho la ocasión para llevarme la estatuíta, y a la estatua seguirán otras cosas. Le voy a quitar a usted hasta la respiración. Este motivo me proporciona el gusto de etc., etc., etc.—Quitón.»

Gómez ¿Lo ve usted? ¿Ve usted cómo mis elogios no eran equivocados? La sola presencia de Perdiguero tenía alejado a ese criminal.

Cándido Sí, sí, pero... con tanta equivocación, cualquiera en mi lugar...

Romualda Cualquiera en tu lugar lo que haría era mandarlo buscar inmediatamente.

Gómez Un genio así no se encuentra tan fácilmente, créame usted... En fin, puesto que se empeña en que me quede con usted un par de días, voy a escribir una carta urgente, que debe salir esta misma tarde para Madrid.

Cándido Sí, sí, vaya. Mi hijo Julio está en el despacho y le facilitará todo lo que necesite.

(Gómez-Birrete hace mutis por la primera derecha.)

Carmen Ahora que recuerdo, no es necesario que le mandes buscar, puesto que él mismo nos anunció que hoy a las diez y cinco minutos estaría aquí; faltan dos minutos, de modo que...

Cándido Sí; pero es que yo he dado orden de que no lo dejen entrar.

Romualda Con revocarla, asunto concluído.

Cándido Tienes razón, y lo voy a hacer ahora mismo; porque precisamente es la hora, y ya sabéis lo puntual que es.

(En este momento PERDIGUERO asoma la cabeza por la ventana. Carmen y Romualda, que le ven, lanzan un grito. Perdiguero, asustado no se atreve a moverse, y queda impávido.)

Los dos *(Gritando.)* ¡Ah!

Cándido ¿Qué os pasa?

Carmen *(Señalando a Perdiguero.)* Mira.

Cándido ¡Maravilloso!

Perdigu. *(Asustado.)* Yo le explicaré...

Cándido No tiene usted que explicarme nada. Me lo figuro. Cumpliendo mis órdenes, no le han

dejado entrar, y usted, cumpliendo su palabra, busca una entrada, sea como sea. ¡Muy bien! Esto le devuelve su crédito ante mí; pase, pase, que llega usted a tiempo de echarnos una mano.

Perdigu. Como no me la eche usted antes...

Cándido ¿Cómo?

Perdigu. Para ayudarme a saltar.

Cándido ¡Ah, sí!... ¡No faltaba más! *(Cándido le ayuda y Perdiguero salta y entra en escena.)* Perdóneme si ayer estuve un poco duro...

Perdigu. ¿Cómo duro? Estuvo usted marmóreo.

Cándido Tiene usted que tener en cuenta que las circunstancias... En cambio hoy todo ha cambiado. Sus predicciones se cumplieron. Quitón ha dado muestras de su presencia.

Perdigu. ¿Quitón? *(Aparte y con temor.)* ¡A que va a surgir un Quitón de verdad!

Cándido *(Dándole la carta.)* Lea.

Perdigu. *(Leyendo.)* «Decididamente es usted un imbécil...» *(Devolviéndole la carta.)* Esto no es para mí.

Cándido Continúe, continúe.

Perdigu. *(Figurando que lee.)* ¡Eh! ¿Cómo? La estatuíta robada.

Carmen Robada.

Perdigu. *(Con ingenuidad.)* Hay que avisar a la Policía.

Romualda ¿Es que usted desiste de prestarnos sus servicios?

Perdigu. Yo es que me voy... Me llaman en Madrid para un asunto importantísimo. Al marqués de Pino Seco, que le han vuelto a quitar la partida.

Nemesio *(Entrando por la primera izquierda.)* Señor Perdiguero.

Perdigu. ¿Qué pasa?

Nemesio Un tal Sabueso desea verle inmediatamente.

Perdigu. ¿Sabueso? No le conozco.

Nemesio Dice que es una cosa importantísima.

Romualda Recíbalo.

Perdigu. Por mí, que pase. *(Aparte.)* ¡Dios mío, qué traerá este Sabueso!

(Por la primera izquierda entra SABUESO, con un paquete, y dirigiéndose a Perdiguero, le dice.)

Sabueso Maestro.

Perdigu. *(Mirando a su alrededor.)* ¿A quién se refiere usted?

Sabueso Maestro, acabo de cumplir sus órdenes; efectivamente, como usted había adivinado, el paquete estaba enterrado al pie del alcornoque del final del jardín. Ahí lo tiene usted.

Perdigu. *(Cogiéndolo.)* Muchas gracias. *(Aparte.)* ¿Para qué me dará a mí esto?

Cándido ¿Qué es eso?

Perdigu. Pues esto... esto... ¿a que no lo adivinan?

Romualda Desenvuélvalo y así lo sabremos.

Carmen Puesto que no nos lo quiere decir...

Perdigu. *(Desenvolviéndolo con miedo.)* Pues esto es... es... «¡Voalá!»

Todos *(Asombrados.)* ¡La estatua!

Perdigu. *(Aparte y tirándose pellizcos.)* Yo debo estar soñando.

Carmen ¡Qué barbaridad!

Romualda ¡Qué genio!

Cándido Entonces Quitón...

Perdigu. *(Sentenciosamente.)* Quitón ha muerto.

Cándido ¿Muerto?

Perdigu. Muerto moral; después de esta plancha, renuncia a su profesión y se retira.

Sabueso ¿Manda algo más el maestro?

Perdigu. *(Cada vez más asombrado.)* No, nada; retírese...

Cándido *(A Sabueso.)* ¿De modo que usted es...?

Perdigu. *(Sin dejarle acabar.)* No preguntarle. Lo prohibo. Este hombre es lo que... sea... Ni yo mismo lo sé... Secreto profesional. Váyase, váyase en seguida...

Sabueso Con todos los saludos... digo, a su disposición. *(Aparte, marchando.)* Por poco meto el remo. *(Mutis primera izquierda.)*

Cándido Estoy verdaderamente sorprendido.

Perdigu. ¿Pues y yo? Digo, y yo, ¿qué debía decirle a usted ahora?

Carmen Tiene usted razón; he dudado hasta de su amigo Gómez-Birrete.

Perdigu. ¿También de Gómez-Birrete, de ese genio del foro, de ese hombre con cuya amistad me honro?... Ahora mismo resurge ante mí como una visión, una tarde que en su despacho me decía: «El método deductivo que usted emplea...»

(GOMEZ-BIRRETE sale por la primera de-

recha, y sin dejarle acabar continúa la oración.)

Gómez «... ha revolucionado el arte policíaco. En Inglaterra será usted admirado; en New York se disputarían sus servicios; en España logrará usted pronto una sólida reputación.» ¿No eran estas las palabras que le dije en mi despacho?

Perdigu. *(Ya casi atontado.)* Pero... *(Tentándose.)* ¡Mi madre, qué modorra debo tener!

Gómez ¿Pero no viene usted a darme un abrazo?

Perdigu. ¿A darle?... Sí, sí... porque usted es...

Romualda Gómez-Birrete.

Perdigu. *(Disimulando.)* Ya lo sé, Birrete. Es que hoy no tengo la cabeza para... *(Estrechándole.)* Birrete... Está usted más delgado.

Gómez El trabajo. ¡Ah, si yo tuviese los éxitos de usted!

(Por la primera derecha salen ESPERANZA y JULIO.)

Esper. ¿Cómo, el señor Perdiguero aquí?

Julio Habrá venido a cumplir su palabra. Y en parte, cumplida está. Quitón ha sido derrotado.

Nemesio *(Entrando por la primera izquierda.)* Un telegrama para el señor Perdiguero.

Perdigu. *(Cada vez más extrañado.)* ¿Para mí?

Romualda Léalo a ver.

Perdigu. *(Leyendo.)* «Recoja Sucursal Banco de España en esa mil duros de sus honorarios por la caza de la urraca y encuentro partida.—Marqués de Pino Seco.» *(Temblando y casi asustado ya por lo que le sucede.)* Pero... pero esto...

Romualda ¿Qué tiene de particular? Paga sus servicios; ¿no estaba usted esperando esa cantidad?, pues ha cumplido como un caballero. Ese marqués debe ser de lo que no hay.

Perdigu. ¡Como no le hay!

(Por la escalera segunda derecha baja ROSARIO en traje de calle, con un cabás en la mano.)

Carmen ¿Eh? ¿Va usted a la calle?

Rosario Voy... a Madrid.

Julio A Madrid.

Esper. ¿Pero eso qué significa?

Rosario Significa...

Perdigu. Significa que se va conmigo.

Rosario Sí, señores; con él.
Cándido ¿Con él?
Romualda Sí, con él; tú, como estás en la higuera, y dispensa que llame higuera a tus librotes... Rosario es novia de Perdiguero.
Rosario Y esperábamos para casarnos...
Romualda Los mil duros del marqués de Pino Seco.
Rosario No; no, señora; esos no vendrán nunca.
Perdigu. ¿Cómo que no? Ahora mismo voy a la sucursal del Banco por ellos.
Cándido Perdón; usted no puede irse sin completar su triunfo.
Perdigu. ¿Mi triunfo?
Carmen Claro, sin decirnos quién robó las perlas.
Perdigu. *(Titubeando.)* Pues las perlas... *(Aparte.)* Qué lástima, ahora que iba esto tan bien... Las perlas... Conste que yo no acuso a nadie.
Cándido Sí, sí, desde luego...
Perdigu. Pues las perlas las robó...
Todos ¿Quién? ¿Quién?
Perdigu. No puedo decirlo, sería en mí criminal abrir los labios.
Esper. *(Sin poderse contener.)* ¡Oh, gracias, señor Perdiguero, gracias! Es usted un hombre de honor.
Todos ¿Eh?
Esper. *(Tímidamente.)* Sí; yo robé las perlas.
Cándido ¿Tú?
Carmen ¿Pero por qué?
Esper. Por celos. Perdiguero no se fijaba más que en Rosario; apenas hacía caso de mí. Yo ignoraba que fuesen novios; un día los sorprendí abrazándose en el jardín.
Perdigu. Ya decía yo que no era el aire.
Esper. Entonces, por vengarme... ideé... *(A Rosario.)* Perdóneme usted.
Cándido Este caso no le tenemos en nuestro archivo, ¿verdad? *(A Rosario.)*
Rosario Ese, no; pero como el mío sí hay muchos.
Perdigu. *(Abrazándola.)* Rosario de mi vida.
Rosario Bueno, pero eso del dinero, porque a mí no me vas a hacer creer lo del marqués de Pino-Seco...
Perdigu. Ni yo lo creo; pero el hecho es que, lee...
Rosario *(Lee el telegrama; después fija su vista en doña Romualda, que sonríe de satisfacción, y cogiendo de la mano a Perdiguero llega hasta ella y le dice.)* Gracias, señora; gracias.

Perdigu. ¡Ah! Pero usted... Yo no puedo aceptar.

Romualda No es un obsequio, es el pago de una deuda. Ese dinero se lo debíamos a su padre por sus retratos...

Perdigu. Como herencia ya varía. *(Alto.)* Y ya lo saben ustedes; si alguna vez necesitan de mis servicios...

Rosario *(Sin dejarle acabar.)* No... Yo no quiero que mi marido viva esta vida de peligros. Desde hoy Perdiguero no será más que escritor.

Perdigu. Ella lo quiere, sea; pero déjame que parodiando a Nerón diga al morir policíacamente: «¡Qué gran detective pierde España!»

FIN DE LA COMEDIA

Precio: TRES pesetas